

muerte de *Finis Terrae* habría habido algún bajón con la *Revista Universitaria* y ésta la reemplazó durante un período importante. Tuvo varios colaboradores de nota, entre los cuales está el actual Rector. En 1985 funda el periódico cultural y poético *Noreste*, el que estuvo colgado en los kioscos de Santiago durante cinco años. Les muestro el último número (aniversario número 5 y deceso). Es un periódico interesante, un poco al estilo Beltrán Mena, una mezcla de humor, de pensamiento profundo, de interés cultural muy diverso, muy disperso, con mucho ingenio y a la vez muy caritativo, porque creo que aquí nadie sale muerto ni dañado. Algunos titulares: "Por la carretera buscan el paraíso", "Madonna del mundo nació en diciembre", "Entierran al último alcalufe".

Al recibirse viaja a África, siendo su primer viaje importante, el que interrumpe para incorporarse al Art Institute de Chicago, donde estudia cine financiado con una beca Fulbright.

Una pregunta que le hice a Beltrán cuando nos entrevistamos para ver cómo lo presentaba, era por qué estudió Medicina. La respuesta es muy sencilla: "porque yo quería estudiar dos cosas: Medicina y cine, y si estudiaba primero

cine, por ningún motivo iba a estudiar Medicina después; entonces invertí el ritmo". Entró a Medicina. En primer año vio cómo eran los estudios de Medicina y dijo: "bueno, ya vi cómo eran". Pero se quedó con Química para marzo y eso le picó el orgullo, y este orgullo le duró hasta terminar el 7º año.

Una vez terminada su beca de cine y de regreso a Chile, filma un mediometrage de ficción, una adaptación para televisión del periódico *Noreste*, así como varios documentales y publicidad. Posteriormente se dedica al diseño gráfico y a la fotografía por computadora, por lo cual es enganchado en la Escuela de Medicina de la Universidad Católica como uno de los motores promotores del Laboratorio de Multimedia. Esto fue una casualidad, porque Beltrán me vino a ver a la oficina para que le diera nutrición parenteral para una tía enferma; al final no le dimos nutrición parenteral a la tía enferma, pero Beltrán salió con pega de mi oficina.

A medio andar de esta pequeña biografía se casa y tiene dos hijos. Sus actividades habituales son leer, conversar, escribir y viajar cada vez que puede, con diversas excusas.

Con ustedes, el Dr. Beltrán Mena.

\* \* \* \* \*

#### CONFERENCIA DEL DR. BELTRAN MENA C.

No sé si debo agradecer una invitación tan incómoda: hablar ante 60 personas, todas las cuales fueron mis profesores, sobre todo después de la introducción del Dr. Velasco, quien, luego de 10 años de mi egreso, se ha encargado de recordarles lo flojo que era.

Luego de las dos charlas de esta mañana me sentí en la obligación de agregar apuradamente unas líneas sobre una, digamos, *defensa* de la poesía. Esta defensa parece necesaria luego de escuchar esos dos importantes temas: el desafío a la pobreza y la inserción de Chile en el progreso mundial, por una parte, y ese ambicioso análisis de la lucha por el poder político, que nos aborda por todas partes.

Frente a eso, ¿cómo justificar el sentarse a la orilla de un río lejano, horas sin hacer nada, o tomar café en la terraza de un puerto exótico mientras se observa la carga de un barco? Así:

La conclusión principal que saqué de la charla del señor Etchegaray es que no somos un país subdesarrollado. O mejor dicho, nuestro

subdesarrollo no es homogéneo. Resulta que un porcentaje de Chile —del que formamos parte todos los que estamos aquí— somos desarrollados, formando parte de un país que, considerado en conjunto, es subdesarrollado. En efecto, la meta de todo plan de desarrollo —nuestra aspiración para el Chile del futuro— es que toda la población tenga acceso a ciertas cosas con las que —al menos los que estamos aquí— ya contamos. Todos los asistentes, no me cabe duda, tienen resuelto su problema de vivienda, transporte, educación, salud, etc... Y resuelto muy satisfactoriamente. Un ejemplo: el Dr. Marinovic, ahí en segunda fila, acaba de tratarme una úlcera, y el otro día no sólo me hizo la endoscopia correspondiente, sino que —en vista de que el examen fue en ayunas— me invitó después a almorzar y, además, me escogió el menú. A eso le llamo yo un buen plan de salud.

Sin embargo, esta es la situación de un pequeño grupo privilegiado, y los que formamos parte de él, a expensas de otra gente que no, tenemos la obligación de hacer el siguiente ejercicio mental. Podemos imaginarnos que los que tenemos auto, casa, hijos en buenos colegios,

vivimos en el futuro, hemos alcanzado antes de tiempo esa meta material que deseamos para Chile. Podemos imaginarnos entonces que vivimos en el futuro, en el año 2030. Y no es necesario esperar hasta el 2030 para ver cómo será la cosa. La pregunta que surge es: Nosotros que vivimos en el futuro, nosotros que no tenemos problemas materiales, nosotros que tenemos salud, techo, transporte, comida, nosotros habitantes del año 2030, nosotros finalmente desarrollados... ¿a qué dedicamos nuestro espíritu?

Este es el terreno donde trabaja la poesía. Porque es cierto que los pobres no pueden esperar, pero hay una buena noticia: el espíritu ni siquiera necesita esperar.

\* \* \*

Ahora al tema de esta charla. Lo que voy a hablar es un caleidoscopio de temas, pero espero que este grupo de temas tenga un cierto aire de familia, un común denominador que es ayudar a entender que el viaje es un elemento central a la cultura y tratar de descubrir por qué viaja el hombre. Les adelanto que no tengo respuestas, así es que sólo haré preguntas.

## LA FRONTERA

Para entender el viaje hay que entender la frontera. La frontera determina los viajes y sin cruzar una frontera no hay viaje. Muchos opinan que no es necesario ir a Groenlandia para hacer un viaje, y es cierto. Podemos ir a Mendoza, o más cerca, a Viña. Podemos cambiarnos de barrio y viajar, es cierto. Podemos también viajar al fondo de la noche sin salir jamás de nuestra habitación, también es cierto. Pero la cosa no es tan libre, no es que cualquier cosa que hagamos sea un viaje. Es necesario que crucemos una frontera para que haya viaje.

Voy a leer un trozo de un editorial de ese diario al que se refirió el Dr. Velasco, *Noreste* se llamaba y se dedicaba al tema del viaje y otras búsquedas del espíritu del hombre. Me hubiese gustado que se quedara el señor Cuadra, porque él —durante tres años— no permitió la circulación de este periódico, ahora era la oportunidad de preguntarle por qué. En el editorial a que me refiero hablábamos del tema de la frontera, este es un trozo, creo que aporta algunos argumentos en contra de este río del progreso en que todos queremos navegar y que si es la solución para el problema de la pobreza, bienvenido

sea, pero con cuidado, porque el progreso tiene una cara oculta y peligrosa.

*De Noreste N° 17 (mayo de 1989).*

“El río Grande es un arroyo que se seca con frecuencia y que casi siempre es un criadero de mosquitos, a este lado queda la ciudad de Juárez y al otro la de El Paso, Texas. Los mexicanos de Juárez miran con grandes ojos la ribera del frente, allá están el trabajo y la esperanza. Algunos arriesgarán el pellejo y cruzarán en furgones clandestinos, algunos morirán bajo las balas de los Rangers. Es la vieja historia: el paraíso queda en el valle que sigue.

Así como en el Estrecho de Magallanes se juntan dos océanos, así en la frontera los pueblos estrellan sus olas, intercambian canciones de atracción y de rechazo. Se sabe que si separamos dos placas conductoras con un aislante, obtenemos un condensador, y que un condensador puede almacenar una carga y que la corriente salta finalmente de una placa a la otra cuando la carga es muy grande. Así, las fronteras son las encargadas de acumular el voltaje, son los grandes condensadores de hombres. Ahí saltan las chispas de la historia. En la frontera se mezclan el olor de las rosas cultivadas con el de las praderas salvajes”.

Hay una cosa que es el límite entre lo conocido y lo desconocido, que nos atrae, que es fatalmente atractivo. Y como imagen de esto, me gusta la figura de Alejandro Magno: cuando los soldados que le ayudaron a conquistar todo el mundo conocido en su época, hasta el río Indo, se niegan a seguir. Un motín. Alejandro quería seguir para ver qué había más allá. Quiere navegar el Océano Indico, pero nadie lo acompaña. Acepta regresar, pero antes se hace llevar en bote a una isla del horizonte, donde pide ser dejado solo por un día para contemplar él solo lo que había más allá.

“Lugares casi inaferrables, invisibles para muchos, estas fronteras quedan a veces en el centro de la ciudad. ¿Cómo saber, entonces, si se está cerca de la frontera? Midiendo el peligro, que crece. El escultor que penetra con furia el bloque de piedra busca lo desconocido. El Dr. Edelmán, al trozar sus proteínas en el Instituto Rockefeller en busca de una respuesta para las formas del embrión; el que se enamora de una mujer que no conoce y la sigue por calles angostas. Y, por supues-

to, aquellos que escogen dejarlo todo atrás y emprender el camino del mal: gangsters y condenados a muerte. Todos ellos se han sumergido en lo desconocido. Ver a Wittgenstein recorrer los caminos del lenguaje y detenerse frente al espacio inmenso de lo que no se puede decir, también nos recuerda a Alejandro en su roca frente al mar”.

¿Por qué miramos al horizonte? Porque no hay nada más triste que lo conocido. Nada más patético que sentarse en el centro exacto del conocimiento. Por eso creo que es bueno hacer una charla donde haya sólo preguntas y ninguna respuesta, porque las preguntas son estimulantes y producen vida, acción y vida; en cambio las respuestas... si nos refugiamos en las respuestas nos detenemos, nos estabilizamos, creamos doctrinas, morimos. Sin embargo, a la fuerza centrífuga que nos empuja hacia los bordes, se opone una fuerza más poderosa, la fuerza de lo cotidiano, y la historia entera está determinada por estos dos polos de atracción. A la fuerza de partir se opone la inercia de quedarnos, al ansia de lo imprevisible se opone el placer de lo conocido, a lo salvaje, lo doméstico, porque cuando un hombre desea partir, la sociedad lo invita a quedarse. El hombre desea el cambio, pero la ciudad desea el orden; al sueño salvaje del individuo se opone el objetivo social y este objetivo social es el que correctamente enseñan los colegios y que pregonan los diarios. Pero, cuidado...

“No podemos quejarnos –piensa el hombre de los blue-jeans Wrangler–. ¡El mundo es un gran campo cultivado! ¡Un reloj inmenso y bien aceitado!

Enciende un Marlboro y mira complacido desde el balcón: en el centro del Imperio se elevan catedrales de espejo de cien pisos de alto. En esas torres interminables se reflejan el cielo inmóvil y las rutas comerciales. Barcos de un tamaño nunca visto recorren, sin equivocarse, las rutas del Mare Nostrum. En sus bodegas se podrían amontonar obeliscos como si fueran fósforos. Computadoras llevan el control de la bodega. Camiones trasladarán los containers a las ciudades del Imperio, llevando papayas a los almacenes de Manhattan.

El hombre del blue-jean se acuesta. Mañana es día de aventura y hay que levantarse temprano para lanzarse en balsa inflable por el río Colorado. Duerme tranquilo, sueña con un mundo sin fronteras, con un mercado común libre de aduanas, con un solo idioma: el

esperanto, y con una sola raza: la raza de bronce; con una sola moneda, el dólar electrónico, y con un solo tiempo, gracias a las telecomunicaciones. Sueña, en resumen, con una inmensa torta de merengue.

Pero un planeta sin condensadores es una máquina que no trabaja. Sin razas, países e idiomas el mundo sería una sopa agonizante donde no nadaría la trucha. El segundo principio de la termodinámica aplicado a las sociedades, abolir las fronteras e igualar compartimentos es aumentar la entropía del mundo.

Chile ha sido siempre la frontera del Imperio, un balcón asomado al paraíso. Es un privilegio vivir en el borde.

Quizás un día, quizás una tranquila mañana de abril, la gente verá con espanto estallar su rutina, cuando vean subir por el río Hudson nuestras naves bárbaras. Nuestros toscos mascarones de proa atracarán en los muelles del downtown. Quizás desembarcaremos blandiendo hachas y dando gritos. Y como un día Alarico en las calles de Roma, correremos por puro gusto con secretarías ejecutivas sobre los hombros, que quizás gritarán de espanto ante estos guerreros con bigote de huaso. Quizás colgaremos nuestras hamacas de una torre a otra del World Trade Center y dormiremos la siesta a cien pisos de altura. Y esperaremos por siglos, hasta que nuevas hordas de bárbaros invadan nuestras tierras, bárbaros que vendrán como siempre del otro lado de la frontera, para dar otra vuelta a la rueda de la historia. Quizás”.

## UN VIAJE

Pero los viajes no son teóricos, sino muy prácticos. Y quería partir con el relato de un viaje, una pequeña historia de frontera.

Cuando egresé de la Escuela estaba aburrido de muchas cosas. Decidí irme al lugar más opuesto que hubiera a la Escuela de Medicina de la Universidad Católica y decidí que ese lugar era Tombuctú, en el Sahara, por toda su carga histórica y poética. Físicamente, llegar a Tombuctú hoy es tan difícil como en la época de su descubrimiento, excepto que esos exploradores no sabían ni siquiera dónde quedaba la ciudad, ni estaban seguros de su existencia. Además querían matarlos permanentemente. Pero, obviando esos pequeños detalles, la infraestructura es casi la misma que hace 150 años, sobre todo en el último segmento.

Como son zonas difíciles de recorrer, en estos viajes conviene inventarse una excusa, cualquiera, pero hacerla pública. Del mismo modo que un andinista dice "Voy a llegar a la punta del Everest", si no llega, aunque le hayan faltado 100 metros, se considera que fracasó. De ese mismo modo yo me inventé una excusa poética para forzar a llegar ahí y la publiqué contándola a mis amigos antes de partir. Era ésta: Como salía de la Escuela de Medicina y dejaba atrás una vida y quería empezar otra, decidí clavar en las paredes de Tombuctú (el fin del mundo) las fotos de los que hasta entonces habían sido mis mejores amigos. Cada vez que veía en mi equipaje este paquete de fotos, me sentía obligado a no desviarme del camino. Finalmente llegué y pegué las fotos, que duraron en su lugar 5 segundos, porque el calor las enroscaba violentamente, pero sobre todo porque me seguía un montón de negritos que se las robaban apenas puestas, querían llevarse estas fotos para la casa, eran tesoros en un mundo de tierra y arena, donde no hay nada.

En ese viaje tuve la oportunidad de internarme un par de días por las dunas hacia el norte, a lo largo de rutas de caravana, no era mi intención original, el plan era recorrer el borde sur del Sahara, el *sahel*, sin internarme al desierto propiamente tal. Y así lo hice, pero me quedé con las ganas de atravesar el desierto. No pude hacerlo entonces. Pero el año pasado, cinco años después del viaje anterior, hice ese viaje y atravesé el Sahara; de ese viaje me interesa contar el cruce de la frontera entre Níger y Argel.

El desierto del Sahara es una banda muy ancha que atraviesa el continente, va de lado a lado y sólo en el borde oriental está interrumpido por el Nilo. Hay que verlo como un océano tremendo, es paradójico, pero para entender este desierto hay que verlo como un mar. Todas las ciudades del Sahara que han tenido importancia comercial están situadas en sus bordes, en el borde sur: Tombuctú, Agadez, Gao...; en la orilla norte las ciudades musulmanas: Argel, Trípoli, Marrakech, Túnez... Todas deben considerarse como puertos. En estas ciudades atracan, descargan y zarpan las caravanas de camellos, que son los barcos que navegan este mar, orientados por las estrellas y el sol. Este mar no se atraviesa por cualquier parte, debe hacerse enhebrando certeramente los oasis, situados a un máximo de 4 días unos de otros, lo que soporta un camello sin agua. También estos oasis hay que verlos al revés, son islas al revés, pequeños islotes de agua, rodeados de arena.

Los navegantes capaces de hacer esto (llegar sin error a un pozo de un metro de diámetro en medio de las dunas) han sido en general los tuareg. Hoy las caravanas siguen existiendo, pero el grueso tráfico moderno se realiza por rutas de camiones. Para atravesar el Sahara tiene tres rutas: la ruta de Mauritania (por la orilla del Atlántico), la ruta de Mali y la ruta de Argelia, conocida como la Transahariana. De éstas, me interesaban las que pasaban por el centro del desierto, y de ellas la ruta de Mali era imposible, la frontera Argelia-Mali estaba cerrada. Afortunadamente, la ruta de Argelia había vuelto a abrirse recién, luego de un par de años.

La Transahariana atraviesa dos países, en el norte corre por Argelia y en el sur por Níger. Los dos países son totalmente distintos. Argelia es un país musulmán, Níger es un país negro; ambos son pobres, pero Argelia intenta desarrollarse, Níger está sumido en la corrupción. Ambos mundos se encuentran en una frontera que corre por la mitad del desierto.

Como sabía que atravesar esta frontera no iba a ser fácil, me inventé otra excusa. Entre las cosas que había leído había un número del *Atlantic Monthly*, que me prestó un amigo. En esta revista venía un artículo sobre el Sahara. La mitad del largo artículo estaba dedicada a historias de la gente que muere de sed, cruzando la frontera, sus cuerpos secos son encontrados meses o años después por alguna patrulla militar. En la Transahariana mueren un poco más de 20 personas por año. Mueren porque pierden la ruta, o porque improvisan un atajo para acortar camino, o porque se quedan *en pana* y se les acaba el agua antes de que pase otro camión...

Este artículo tenía un héroe, un árabe llamado Salah Addoun. Y su historia es la siguiente. La ruta del Sahara no es una ruta propiamente tal, que nadie se imagine un camino de asfalto, ni siquiera un camino de tierra. Es desierto virgen, huellas que se cruzan en la arena, dunas. Estaba marcada por barriles de petróleo llenos de arena. Estos barriles estaban puestos cada 2 kilómetros y son difíciles de ver. Con el fin de disminuir el número de muertos, el gobierno de Argelia decidió llamar a una propuesta pública para reemplazar los barriles por hitos de cemento cada un kilómetro (esto en los 400 kilómetros del lado argelino, los 300 kilómetros de Níger siguen como antes). La propuesta la ganó Salah Addoun, que tenía una pequeña empresa constructora. Y la ganó porque se presentó al costo. Y se presentó al costo porque para él el trabajo tenía un gran significado. Su padre había muerto perdido en esa ruta en los años 60. Iban va-

rios en el camión y fueron muriendo uno a uno. El padre de Salah llevó un diario donde escribió cada día, contando los tormentos de la sed y cómo iban muriendo sus compañeros. Finalmente, él también murió y su cuerpo fue encontrado por otro camión. La última anotación del diario era justo del día anterior al rescate.

Salah ganó la propuesta y caminó a pie los 400 kilómetros, seguido por un camión, marcando con ayuda de un teodolito cada kilómetro con una estaca. Luego recorrería con sus obreros la ruta reemplazando cada estaca por un hito enterrado un metro en el suelo y que sobresalía dos metros. En cada hito escribió la distancia a Tamanrasset por el norte y la distancia a Assamaka por el sur.

Esta fue, entonces, la excusa para mi viaje, el artículo decía que Salah Addoun vivía en Tamanrasset, y me propuse llegar a Tamanrasset y conocerlo.

Mi recorrido comenzaba por el sur. Volé a Niamey e inicié el recorrido por tierra hacia el norte, son casi 4.000 kilómetros hasta la costa del Mediterráneo. Llegué fácilmente a Agadez, por una buena carretera asfaltada. Esta sigue un poco más allá, hasta Arlit, donde hay una mina de uranio. Allí se acaba bruscamente y no hay más que arena, tierra y un tambor cada 2 kilómetros hasta la frontera. Luego las marcas de Salah Addoun hasta Tamanrasset. En total son 700 kilómetros sin ningún camino.

El plan era quedarme en Agadez, hasta encontrar algún medio de transporte desde allí a Assamaka, un puesto militar fronterizo, corrupto y de pésima fama. Luego cruzar la frontera hasta In-Guezzam, el lado argelino de la frontera, y de ahí los siguientes 400 kilómetros hasta Tamanrasset. Esa era la parte difícil del viaje. De allí en adelante era todo cuestión de paciencia.

## AGADEZ

Calor permanente de unos 40 grados en el día. No sabía cómo seguir. ¿A quién preguntar? ¿En quién confiar? ¿Dónde hay un camión? No hablo francés, que es la segunda lengua para algunos de ellos, ellos hablan hausa o tamashek. No sabía que me iba a demorar tres semanas en salir de ahí. Tres semanas para cruzar la frontera. Tres semanas en que vagaría por las calles y me iría dando cuenta de que el pueblo era un infierno.

El pueblo era precioso al primer vistazo, su arquitectura sudanesa, con casas de uno o dos pisos, dominado por la gran mezquita de

Agadez, estucada en barro crudo, a mano. Las calles antiguas del pueblo son como un pueblo medieval, cientos de callecitas curvas que se separan, vuelvan a separarse se unen y finalmente nos devuelven desorientados al punto de partida. La ciudad está gobernada por un sultán. Todo era exótico y atractivo. Sin embargo, el ambiente se iría poniendo tenso con el correr de los días. La causa final sería la existencia de la frontera, de este condensador del que hablaba al comienzo.

Agadez, como puerto del sur del Sahara, vive del tráfico comercial a través del desierto. El desierto se ha ido secando, y los tuareg, habitantes del desierto, han sido empujados hacia los bordes, hacia las ciudades, en busca de agua, alimento y trabajo, su ganado ha muerto o han debido venderlo por falta de alimento. Pero estas ciudades a donde llegan, como Agadez, tienen economías frágiles y no pueden absorber estas grandes sobrecargas de población. Comienzan a surgir roces y conflictos entre los tuareg –antiguo pueblo guerrero– y la población local. Aparecen pequeños focos de violencia, asaltos, robos. El gobierno intenta controlar el asunto por la fuerza. Pero entonces el odio de los tuareg se vuelve hacia el gobierno como el enemigo. Ellos sienten que son una tribu históricamente noble y libre y el gobierno no sólo controla las tierras y ciudades que fueron de ellos, sino que, a cambio, ni siquiera es capaz de darles trabajo o alimento. Guerra al gobierno. Los tuareg generan un movimiento rebelde y comienzan a atacar símbolos de la autoridad, oficinas de gobierno, cuarteles. Hasta ese momento sin muertos. Pero el gobierno –intentando dar punto final al problema– lleva a cabo una operación que termina en una masacre, mata a 400 tuareg. No olvidemos que los pueblos africanos son tremendamente violentos, los antiguos odios tribales están latentes en todo momento y cualquier desequilibrio los saca a flote, las sangrientas masacres de Ruanda nos recuerdan este punto.

Comienza entonces la llamada Rebelión Tuareg.

Mientras tanto, al norte de la frontera la situación es distinta, pero igualmente violenta. El año pasado hubo elecciones en Argelia. Gobernaba una junta militar de izquierda. Llamaron a plebiscito y ganaron, lejos, los fundamentalistas: 54% de los votos. El gobierno reconoció la victoria pero negó la entrega del mando, ya que suponían que hacerlo acarrearía la guerra civil. Entregaría el gobierno sólo cuando las condiciones fueran mejores. Entonces fueron los funda-

mentalistas los que se levantaron. Comenzaron a asesinar extranjeros, para espantar los capitales y provocar el caos económico. Esto sucede hasta hoy y va de mal en peor, todas las semanas leemos de nuevas muertes o explosiones.

Con una rebelión en Argelia y otra en Níger, ambos gobiernos decidieron cerrar sus fronteras. Se cierra la Transahariana. Con eso crean el condensador de que hablábamos. Esta decisión política de impedir el flujo comercial a través de la frontera equivale al aislador. Y para las ciudades que vivían del tráfico —como Agadez— la tensión comienza a acumularse.

Gente que vivía honradamente en esta ciudad dejó de poder hacerlo. Y comenzaron a vivir del primer blanco que pasara, o bien aparecieron grupos de ladrones o estafadores. Y mientras recorría las calles en busca de información para seguir mi viaje, caí en manos de una de estas bandas. La frontera había sido reabierta hace sólo dos meses y el tráfico estaba apenas comenzando a restablecerse. No había camiones al norte y estos tipos me ofrecían partir en el de ellos. Me costó saber si mentían o no, mientras tanto trataba de dilatar el trato, mientras averiguaba por otro lado cómo eran estos tipos. Ellos me seguían permanentemente, o mandaban a otros a seguirme. Cuando traté de desligarme de ellos, la persecución se hizo más antipática. Tampoco había policía a quien recurrir. Mi única visita a la policía fue a pagar un soborno.

En el mercado de camellos vi grupos de tuareg conversando en círculos, todos ellos con espadas al cinto. Tradicionalmente usan la espada sólo cuando viajan por el desierto. Pero ahora la llevan en la ciudad como símbolo de que están en pie de guerra, no han aceptado las ofertas de paz del gobierno y es una señal de que en cualquier momento pueden romper la tregua y volver a los ataques.

Para llegar a Agadez tuve que aguardar tres días, para esperar que se formara un convoy militar que escoltara al bus en que viajábamos; a este convoy se acoplaban todos los camiones de comerciantes que quisieran. Tiempo después supe que cuando los tuareg atacan a estos convoyes, los militares no disparan un tiro, se sacan los uniformes, abandonan las armas y se mezclan con los pasajeros, aprovechando que los rebeldes no matan civiles. Es así como los rebeldes han ido equipando su ejército.

Por todas partes vi aflorar esta tensión, esta relación agresiva con la gente. Nada de esto lo vi el día de mi llegada, todo comenzó a hacerse

evidente poco a poco. Al despertar en el hotel y mirar hacia la calle, ya estaban instalados mis perseguidores, haciendo guardia en la puerta. ¿En quién confiar sin un código en común con alguien? Estamos solos en estas decisiones.

Diferentes personas me fueron contando historias del desierto. La rebelión y el caos han dado origen a bandas de bandidos, asaltantes que atacan buses o camiones o autos de turistas. Aprovechando que la frontera está cerrada y sin ley. Han llegado bandas de Mali, de Libia. Viajeros que han tomado un camión y han sido abandonados en el camino. El ambiente empieza a hacerse paranoico. Empecé a ver la parte fea de la ciudad. Las calles están cubiertas de basura. No hay mal olor porque el sol lo seca todo, lo carboniza todo. Sólo quedan jirones de plástico reseco flameando al sol con alguna brisa tibia. Siempre hay niños haciendo caca en estos basurales. En todas partes. Otros niños recorren las calles en triciclos especiales. Pedalean con las manos, tuvieron polio. Los triciclos no alcanzan para todos. Muchos de ellos —y son muchos— se arrastran sobre los codos, sus piernas son largos jirones atrofiados que dejan en la tierra un rastro ondulado de reptil al avanzar. El ambiente es apocalíptico y no contribuye a calmar la paranoia. ¿Cómo salir de aquí?

No soy el único paranoico. En el Hotel Air aloja una expedición de la Universidad de Chicago. Cuando yo llego al pueblo, ellos ya llevan un mes esperando la tramitación de un permiso para trabajar en el desierto. Son paleontólogos y buscan dinosaurios. Pero el gobierno no los autoriza. El tiempo pasa, también empiezan a ser perseguidos, tampoco pueden confiar en nadie. Están más paranoicos que yo. Se han ido cerrando sobre ellos mismos. Ni siquiera en mí confían. Se me hace difícil acercarme a ellos. A pesar de ser blanco, de hablar inglés, de haber vivido en su propia ciudad, de conocer la universidad de donde vienen. No hay caso. Soy yo el que necesita compañía. Ellos son 20 y se acompañan entre sí.

Cada día me persiguen más los bandidos. Ya no me atrevo a viajar con alguno de ellos. Decido mentir. Anuncio que he decidido no seguir al norte, que simplemente me quedaré escribiendo unas semanas en Agadez para luego volver en avión a París. Mientras tanto, y con mucho más tino que al comienzo, sigo averiguando por algún camión al norte. Los días pasaban iguales. De 6 a 9 de la mañana en la azotea, leyendo y escribiendo. Cuando el calor se hace insoportable, me tiro bajo el ventilador en calzoncillos. Hasta las 6 de la tarde, hora de salir a comer

algo y caminar, averiguar por transporte. Pero ningún camión al norte.

No todos son malos. Conozco gente buena, como Danyé, con quien paso largas tardes de silencio. Tomamos té en su tienda. Es un tipo muy respetado en el pueblo, un héroe local. Me invita a un matrimonio tuareg en las afueras, en el desierto. El ambiente comienza a mejorar. Pero ningún camión al norte.

Finalmente salí de allí. Pasó un camión al norte con seis sudafricanos. Se estancaron como yo en el pueblo, no les daban visa para Argelia. Tuvimos tiempo de hacernos amigos, y cuando llegaron las visas entramos finalmente al desierto. La cabina de ese camión era un mundo cerrado, seis personajes con muy distinta visión de las cosas, rodeados de desierto.

El avance era lento. Llegábamos a una de las marcas, una lata vacía de petróleo y nos deteníamos. Desde el techo del camión buscábamos la que seguía, con anteojos de largavista, entonces nos dirigíamos a ésta, lo mismo se repetía lata a lata, kilómetro a kilómetro. Muchas veces la que parece la ruta ideal resulta ser un arenal intransitable y hay que volver atrás, perder lo avanzado. A veces caminábamos medio kilómetro, un kilómetro, para asegurarnos de que era el camino correcto, de la firmeza de la arena. Así avanzábamos, siguiendo estas boyas en el mar de arena. El camino está jalonado de oxidados esqueletos de autos. Cuando uno de ellos queda en pana en una caravana y los pasajeros parten en otro auto a buscar un mecánico, sólo encuentran el esqueleto metálico a su regreso. Bandas de *buitres* recorren la ruta y se dejan caer sobre los autos abandonados; en un día no queda nada..., un chasis panza arriba, destripado como un animal muerto.

En el camino nos alcanzaron varias veces patrullas militares. Jeeps con ametralladoras punto 30 que nos sometían a interrogatorios. Finalmente llegamos a la frontera, Assamaka. Una guarnición militar corrupta, donde los soldados detienen por dos o tres días a los camiones para obligarlos por cansancio a pagar sobornos. Yo lo único que quería era pagar rápido los sobornos y seguir camino. Pero estos tipos tenían como deporte el no pagar sobornos en Africa. Finalmente, y todavía no sé bien cómo lo hicieron, logramos pasar la frontera, una franja de 10 kilómetros de tierra de nadie, hasta el puesto militar argelino. Separados por sólo 10 kilómetros, eran dos mundos distintos. Los soldados argelinos se demoraban en hacer su trabajo, pero eran honradísimos. Ni un intento de coima, ni una amenaza, al contrario, nos ofrecieron agua, té, dátiles...

Y, finalmente, unos kilómetros al norte y luego de tres semanas de espera, la primera de las balizas de Salah Addoun. No más barriles. Alrededor pura arena, pero ahora, cada un kilómetro, los monolitos de Salah, como un símbolo de la civilización. Existían. Era emocionante, era el extremo contrario de un mito, la otra punta de un relato que había leído en un cómodo sofá en Providencia. Mis amigos del camión no entendían por qué le tomaba tantas fotos a estos monolitos.

Luego de tres días de desierto llegamos a Tamanrasset. Me separé de los gringos, quería seguir solo. Pero sobre todo quería encontrar a Salah Addoun. Y preguntando en oficinas públicas, almacenes, hoteles, finalmente lo encontré. Existía, era poco mayor que yo, tenía un bigote negro y un diente quebrado. Este fue el tipo que instaló cada uno de los 400 monolitos hasta la frontera. Le entregué el artículo del *Atlantic Monthly*. Como años atrás, las fotos en las paredes de Tombuctú, el viaje estaba cumplido. Ahí estaba el artículo, el texto literario, el mito, entregado en las manos del hombre al final del mito. De eso se trata toda la literatura. El viaje sigue aún por más de mil kilómetros, hasta Argel, en el Mediterráneo, pero me interesaba contar sólo el cruce de la frontera.

La frontera, supuestamente una ficción, una línea sin espesor, pero fue necesario para cruzarla un mes de paciencia y resistencia, un mes de angustias secretas. Sin embargo, todo lo que queda en mi cabeza de este viaje es el cruce de la frontera, todo lo que vino antes y después son como dos llanuras, sólo la frontera se levanta en mi memoria con toda la carga que tiene en la realidad.

Para terminar este relato es interesante lo siguiente. Muchos meses después de regresar me topo en la biblioteca de la Escuela de Medicina con un artículo en la revista *Science* y es el primer informe de los paleontólogos de la Universidad de Chicago acerca de los dinosaurios que lograron finalmente rescatar en Agadez. Aquí no salen sus días de tensa espera, en este artículo no aparece el calor ni la corrupción ni la paranoia que se había apoderado de todos ellos en el pueblo. Aquí no aparece el chileno que intentaba meterles conversa. Aquí sólo aparecen huesos y fragmentos de huesos, mapas, teorías. Es la realidad destilada, hecha modelo. Es el mito. Es lo contrario del artículo que me llevó allá. Yo —a partir de un texto— hice un viaje. Ellos hicieron el viaje para poder escribir el texto. Es el ciclo eterno de la literatura. Es ciencia, pero primero es literatura.

## ¿POR QUE SE VIAJA?

He querido contar este largo relato para que sus imágenes e historias queden por un rato como telón de fondo en su memoria mientras hablamos teorías sobre por qué se viaja. De otra manera corremos el riesgo de perder de vista la realidad, el origen. Cuando hablamos de viajes hablamos de viajes: es decir, pasaportes, fronteras, calor, soborno, comida, olores.

Intentemos, entonces, responder por qué se viaja. La primera aproximación que se me ocurre a este problema es hacer un listado, un catálogo de los diferentes tipos de viajeros, clasificados de acuerdo a la razón de sus movimientos.

Así podemos comenzar por *el exiliado*, un hombre a quien echan del lugar en que quiere vivir. No tiene sentido preguntarle a un tipo de éstos el porqué se viaja. Respondería "viajo sólo porque me obligan". A eso se debe el que los exiliados chilenos en Europa formaran clubes donde comían empanadas y escuchaban a Violeta Parra, rumiando su nostalgia. Nunca quisieron partir. Expulsados. Respecto al exilio, estos datos acaban de aparecer en la prensa y son curiosos. La tabla de esta diapositiva está confeccionada por la Oficina Nacional de Retorno y muestra cuántos exiliados retornaron y desde qué países. Miremos de qué países vienen, y vivieron en ellos muchos años: Guinea, Kuwait, Tahiti, China, Chipre.... ¿cuándo habían viajado chilenos para allá?... Mozambique, Polonia, Camerún... Nadie pretende decir que fue la oportunidad de sus vidas, pero su visión del mundo debiera traer alguna consecuencia para Chile, ahora que están nuevamente en su tierra.

Otro tipo de viajero, *el nómada*. No sólo tribus africanas o habitantes de las estepas rusas, hay muchos pueblos nómades entre nosotros, los gitanos, por ejemplo. Pero tampoco a los nómades es buena idea preguntarles por qué se viaja. El nómada no sabe por qué viaja. Si a un gitano se le hace la pregunta, responde con una serie de clichés: que no se pueden estar quietos, que el que se establece no es un verdadero gitano, etc...; a falta de conciencia, responden con proverbios. Las tribus nómades se mueven porque se acabó el pasto y se va a morir el ganado. Se mueven siguiendo o arrancando de las lluvias. Son como las aves migratorias, su itinerario depende de las fuerzas naturales.

Intentemos preguntarle por el viaje a otro tipo, *al emigrante*. Estas muchedumbres que repletan los barcos y que desembarcan en Nueva York: estos barcos llenos de alemanes que

llegan al sur de Chile. ¿Sabrán ellos? Pero el emigrante es el exiliado sin perseguidor. Mira con ansias por la ventanilla del barco lo que será su nueva tierra, ¿le dará esta nueva patria lo que la suya no le dio? El emigrante es también un nómada, no se mueve por fuerzas propias, también él es gobernado por las fuerzas de la naturaleza. Si el suelo de Irlanda ya no da trigo, cambiemos el arado por la llave de tuercas y partamos a América. Si la guerra ha asolado Alemania, vayamos a Chile donde las tierras son tiernas y gratuitas. No, el emigrante tampoco nos puede responder por qué se viaja.

Ni el emigrante ni el nómada ni el exiliado. Todos ellos viajan por fuerzas superiores a ellos. No tienen alternativa. La pregunta de por qué se viaja sólo tiene sentido si se puede elegir entre viajar y no viajar. Debemos volvernos, entonces, a los que viajan, pudiendo no viajar.

*El vendedor viajero*: Carlitos Machuca es un vendedor de helados, se mueve en zonas donde hay alta demanda de helados: Calama, Antofagasta, Tocopilla, las salitreras... Como Carlitos Machuca hay miles en Chile. Recorren el país con su muestrario a cuestas, siguiendo el mercado, porque la plaza de su pueblo no tiene suficientes clientes. Machuca tarda una semana en su periplo, hasta volver a Antofagasta a reabastecerse. Gana bastante como para educar a sus hijos y vivir dignamente. No le falta nada. Existe todo un rango de vendedores viajeros. Desde Carlitos Machuca, que viaja solo, hasta el Presidente Frei, que viaja con toda una comitiva de vendedores de peinetas, kiwis, uvas, zapatos, cobre refinado, softwares. Todos ellos responderán lo mismo si les preguntamos por qué viajan: dirán "viajo para vender peinetas, porque en la plaza de mi pueblo no puedo vender suficientes".

Hay otro viajero que me cuesta clasificar bien, *el deportista*. El que viaja por deporte. ¿Por qué Jordán insiste tres veces en alcanzar la cumbre del Everest? ¿Por qué Purto pone en marcha toda esa empresa deportiva y publicitaria que llamó La Ruta Lógica para llegar a esa misma cumbre? ¿Por qué cuando, luego de una lucha de años, ambos llegan a esa misma cumbre, Jordán media hora antes que Purto, no se dirigen la palabra? ¿Por qué en el libro de Jordán no se menciona a Purto ni en el libro de Purto se menciona a Jordán? Porque aquí no se busca la experiencia mística que insinúa Purto ni la relación sana con la naturaleza que pregonan los *boy-scouts* de la Católica. Aquí estamos frente a una lucha a muerte. El juego de Scott contra Amundsen. El deportista busca ganar.



Ganarle al otro, ganarle al reloj o ganarse a sí mismo. El ideal es ganarle a todos, es decir, ser el primero en el Polo Sur, el primero en el Everest sin oxígeno. La voluptuosidad de la victoria. Si para ello hay que viajar, pues se viajará.

Hay muchos otros viajeros en los que se confunden las causas: *el explorador*, en el que se mezclan el vendedor viajero con el deportista. El que quiere el oro y el que quiere ganar. *El conquistador* es un caso especial del descubridor. En su caso predomina el vendedor viajero por sobre el deportista. Ningún explorador descubrió más que el conquistador en términos de kilómetros cuadrados. También está *el científico*. El científico viaja al lugar que debe. Si el eclipse de sol se ve desde Putre, parte a Putre. Si la mariposa en cuestión vive en un islote de la Melanesia, al islote. También está *el turista*, pero lo obviaremos, no puede ayudarnos, no puede decirnos por qué se viaja, el turista no se hace preguntas, el turista va adonde le dicen, visita lo que le recomiendan y todo esto con el menor viaje posible, es decir, cruzando la menor cantidad de fronteras.

Ninguno de estos viajeros nos da una respuesta muy profunda. Tenemos la intuición de que detrás de todas estas razones más o menos circunstanciales se esconde un impulso común que hace al hombre dejar la comodidad de lo cotidiano y partir. Existen razones más profundas y poéticas para partir. Estas razones existen, viven en el corazón de todos los hombres, sólo que cuando alcanzan la conciencia, lo hacen camufladas, confundidas.

El que vende peinetas por los pueblos de Chile se las podría haber arreglado para vivir sin salir de su pueblo, muchos lo hacen; sin embargo, algo en su espíritu le hace atractivo el echarse a la carretera. El escalador del Everest podría haber batido récords en los cientos de paredes no escaladas de Chile, pero hay algo que lo tienta a partir al Asia. El científico sabe que hay tanto que descubrir en una gota de agua de su jardín como en una especie exótica. ¿Por qué zarpa? ¿Por qué parte el turista a recorrer museos, a ver pintores que nunca ha amado?

El poeta Rilke ofrece una posible respuesta. En su *Relato del Corneta Cristóbal Rilke* parten dos jóvenes nobles en una cruzada contra el turco, atraviesan ciénagas, tierras peligrosas, sufren los embates del tiempo, el hambre, la enfermedad y el frío. Los dos jóvenes se van haciendo amigos. Uno de ellos le muestra al otro un retrato de la mujer que ama, que lo esperaba en un pueblo de Alemania. Su acompañante le pregunta...

“—Pero tú tienes un castillo, tierras, un pueblo que te ama y una amante que te espera, ¿por qué te alejas, por qué corres peligros y te internas en tierra de infieles?

—Para regresar...”

Entonces, según Rilke, se viaja para regresar.

Pero, ¿adónde se regresa?

Regresamos a la patria. ¿Y qué es la patria?

La patria es la lengua. El poeta americano Ezra Pound fue exiliado de varias partes, y en algún momento de su vida se quedó sin nacionalidad y dijo: “Al final, la única patria de un poeta es su lengua”.

Es el único paisaje en que nos sentimos realmente cómodos. En Papúa Nueva Guinea, los aborígenes tienen una palabra para patria: *uantok*, esto viene del inglés *One Talk*, es decir, un habla, una lengua. Son compatriotas los que tienen una misma manera de hablar.

Voy a leer un trocito tomado de un diario de viaje. Está escrito muy lejos de mi casa, echando de menos mi casa, tratando de entender qué es lo que se echa de menos.

“No sabemos cómo un perro encuentra el camino que lo lleva de regreso, luego de que su amo lo ha abandonado. Una vez escuché la historia de un ciego que recorría cada tarde, con toda precisión, el camino de regreso a su casa, jamás equivocaba la ruta. Se guiaba por un rastro de perfumes, de jardín en jardín, su olfato aguzado lo llevaba de flor en flor hasta su hogar. De la misma manera, creo que, llegado el momento, podríamos regresar a casa desde cualquier país, con los ojos vendados, ciegos, simplemente aguzando el oído y buscando la lengua que nunca olvidaremos. Cuando añoramos nuestra lengua, no es el español lo que echamos de menos, sino algo más sutil que el español, es nuestro español. Con los ojos vendados encontraríamos el camino, desde el desierto a Madrid, siguiendo la lengua. Desde ahí seguiríamos por el camino correcto buscando ciertos términos que en Madrid no usan, buscando ciertas groserías, ciertas frases, cruzaríamos sin dudar el Atlántico. Prestando atención, siguiendo ciertas inflexiones de la voz, buscando los nombres de frutas y peces que sólo existen en América. Y luego siguiendo un cierto canto, un acento, una inflexión, llegaríamos hasta nuestra mismísima ciudad. Seríamos capaces de encontrar nuestro barrio con los ojos vendados, porque no se habla igual en todos los barrios. Y escuchando con más atención, volveríamos a

nuestra propia casa, atraídos ahora por la voz inconfundible y única de nuestro hijo y sus palabras únicas e inconfundibles. Apretaríamos nuestro rostro vendado contra su pecho y escucharíamos ahora más allá de sus palabras, las palabras de su propio corazón desbocado, primitivo y sin palabras. Y acaso ahora, a través del corazón de nuestro hijo, no estamos escuchando el de nuestra madre, el primer sonido que escuchamos y que tuvo algún significado: el *lub-dub lub-dub*, que llenaba el útero oscuro y que significaba: TODO”.

Ahí tenemos una razón para viajar: volver. A la patria o a la lengua. Experimentar nuevamente el placer de ser acogido por nuestra lengua.

Pero hay más razones para viajar, como el hecho de que el viaje nos ayuda a *ver las cosas por primera vez*. El mayor enemigo del espíritu y la poesía es el demonio de lo cotidiano, que deja caer sutilmente –sin ruido y sin dolor– una fina capa de polvo sobre todo lo que constituye nuestra vida, borrando silenciosamente el color y el contorno de las cosas hasta que dejamos de ver a la mujer que amamos, hasta que ya no vemos al hijo que esperamos alguna vez contando los días, ni el oficio por el cual luchamos, hasta que ya no vemos los árboles de la plaza ni el café de la mañana. El gran trabajo de la poesía es nombrar las cosas por primera vez, para hacerlas aparecer en su significado original.

Aquí quiero describir una imagen que todos deben haber visto, al menos aquellos a los que les gusta caminar tranquilamente por el barrio. A la hora en que las madres duermen siesta y las niñeras están planchando, a esa hora del aburrimiento en que el demonio de lo cotidiano se apodera del hogar, el niño de tres años, que está aprendiendo a hablar, se va a la puerta de calle y observa a través de la reja lo que pasa por el mundo, o sea por la vereda. ¿Y qué hace ese niño cuando está parado ahí? Nombra las cosas. Está tan excitado, tan contento con este hallazgo del nombre de las cosas, que se dedica a nombrar todo lo que pasa:

–¡Hola, señor!

–¡Hola, perro!

Hace la conexión misteriosa entre la palabra auto y el auto, entre la palabra perro y el perro, con toda la voluptuosidad que produce el apoderarnos del objeto y traerlo a nuestra mente y poder conversarlo con otra persona, evocarlo en toda su frescura. Conquistar el lenguaje es un momento único de la vida, que cobra todo su

esplendor. Este esplendor no hace más que perderse en adelante.

La función del poeta, su oficio, es devolver a las cosas el nombre que perdieron. Por eso hablan con un lenguaje raro, usa otras palabras para poder decir las mismas cosas, hacer florecer el botón que siempre estuvo detrás de la palabra flor.

El escritor Bruce Chatwin era un viajero. El creía que la profunda naturaleza del hombre era nómada y que sus problemas habían empezado al hacerse sedentario. Escribió un libro muy bueno que se llama *Los Trazos de la Canción*. Es un viaje por Australia con los aborígenes. Habla de la relación única que tienen estos aborígenes con su tierra. Cada clan australiano tiene sus propias canciones. Cada canción describe la forma en que el creador del clan fundó e inauguró su tierra. En esa canción –pasada de generación en generación– el fundador va nombrando las cosas en un recorrido que corresponde a la tierra real de ese clan, una piedra, un árbol... Ese antepasado es un lagarto, o un canguro, son entonces el clan del lagarto, el clan del canguro. Cuando un joven alcanza cierta edad, sale a recorrer los caminos siguiendo los trazos de esta canción, vuelve a fundar así su tierra, la gana para sí. La canción y el recorrido que se hace al cantarla es una relación del texto con la tierra, de lenguaje y realidad.

Un viaje tiene el mérito poético de devolvernos el sentido original de las cosas que hemos perdido. El acto más trivial recobra todo su sentido, se reviste de un cierto riesgo, pierde su automatismo, deja de ser un acto seguro. Cuando compramos un boleto de tren en Stuttgart... ¿Se detendrá en el pueblo al que vamos? ¿Dónde hay que hacer el trasbordo? ¿Me habrá pasado? Cuando elegimos el menú... ¿Qué serán esos platos? ¿Será picante? ¿Estará incluido el postre en el precio, y la propina?

Y hay más razones para viajar..., para algunos *caminar es rezar*.

Este trozo, muy corto, que voy a leer está tomado de los apuntes de unos arquitectos, en el 72, ellos recorrían el desierto de Nevada mientras escribían un libro. Grandes llanuras y sol brillante...

“Por delante se divisan 50 kilómetros de carretera despejada sin un auto a la vista, de pronto divisamos una figura solitaria, al pasarla nos volvemos para ver su cara, frenamos, dimos la vuelta y fuimos a preguntarle al vagabundo Armand Basset si quería que lo lleváramos.

-No, nunca dejo que me lleven. ¿Comida? Envases tirados junto a la carretera. Los hay de toda clase de cosas. Acabo de encontrar algo de chocolate con leche, bastante para llenarme los dientes. Disfruto todo lo que encuentro. ¿Tienen mantequilla de maní?

-¿Cuánto tiempo llevas caminando?

-Unos 10 años. Hace algunos años no tuve nada mejor que hacer. Calculo haber andado el equivalente a seis veces la vuelta al mundo.

-¿Dónde duermes? Hay 10 grados bajo cero por la noche...

-Bueno, a veces hace verdaderamente frío. Las dos últimas noches fueron muy frías. Pero generalmente está bien..., generalmente está bien...

-Fíjate en la diferencia en nuestra forma de viajar. Tenemos auto, sacos de dormir, comida, dinero y tú llevas todo en esa bolsa...

-(Nos mira de frente). Estamos igual. Ustedes están en el camino, yo estoy en el camino... Bien, gracias por la mantequilla de maní. Hoy es un día realmente bueno. He pasado un par de días malos, pero voy a seguir adelante, ya hay sol y voy a disfrutarlo..."

Esta entrevista aporta mucho a lo que estamos preguntándonos.

Nos lleva directamente al tema de que caminar es rezar. Porque, ¿qué es lo sagrado? Sin recurrir a ninguna catequesis en particular, ¿qué es lo sagrado? Lo sagrado es lo que estaba antes de que nosotros. En el mundo había cosas antes de que llegáramos: los bosques, la ballena, los mismos hombres estaban aquí antes que nosotros. Por eso son sagradas la ballena, la montaña y el bosque. El texto del mundo es infinitamente más rico que el texto de un libro. Los científicos saben perfectamente que las respuestas a las preguntas no se obtienen de un "paper", sino del mundo: del paciente, del tejido, del agua, sólo de ahí obtendremos la lectura verdadera, desde el texto del mundo.

Los monjes tibetanos suelen caminar de un monasterio a otro, entre las montañas. Caminan solos o en grupo, salen un día de un monasterio, y dos, tres días después entran a otro. Duermen, recuperan fuerzas y salen nuevamente al siguiente monasterio. En el camino ni conversan ni anotan nada. Caminan en silencio. Ni siquiera repiten oraciones. Pero están rezando. ¿Cómo rezan? Ellos saben que caminar es rezar. Porque caminar es leer directamente del mundo, que es el texto sagrado. En otras palabras, van leyendo,

palabra a palabra, las escrituras sagradas. El tipo que camina está aprendiendo a leerlas, del mismo modo que el niño recorre la página con el dedo mientras lee, palabra a palabra. Las palabras podrían ser perfectamente un camino, una piedra, una hoja... Esta es la forma mística de describir el mundo, no reducirlo a una fórmula única, como la ley de gravedad, sino enumerándolo, reconociendo que cada hoja de un árbol es distinta a la otra.

De manera que se puede viajar para regresar. Se puede viajar para volver a ver las cosas como si fuera por primera vez.

Se puede viajar para recorrer el texto sagrado.

Y, seguramente, se puede viajar por muchas otras razones. Sin embargo, sospechamos que detrás de todas estas razones aún se oculta una razón más profunda, la que genera el impulso de partir. Y, como sucede cuando nos aproximamos a esas causas primitivas, atávicas, no podemos percibir las con claridad. Se desenfocan, se oscurecen. Creo que nos puede ayudar a intuir estas fuerzas un escritor americano. Thomas Wolfe, luego de vivir en Europa, regresa un día a su país. Así describe su visión del barco que lo llevará de regreso a la patria, era el atardecer.

"El gran barco había ejercido su poderoso hechizo sobre ellos, la mayoría de aquellas personas había hecho muchos viajes y, sin embargo, el vapor los aprisionaba una vez más en su brillo mágico, los poseía y los conmovía con su presencia como si fuesen niños. Los pasajeros estaban de pie, silenciosos y atentos. En el fulgor suave de aquellos rostros había algo mísero, desnudo y solitario, y en torno a ellos palpitaba la inmensa eternidad del mar y de la muerte.

"Porque si en el momento de morir los hombres, les fuese posible escapar por un instante de la oscuridad en la cual se están hundiendo sus sentidos..., si por un momento pudiesen vivir y ser conscientes en medio de ese bosque sombrío y misterioso, el momento de la muerte muy bien podría corresponder a un momento como aquel (aboard un barco) que -aunque carente de significado lógico- arde por un instante en la memoria mortal, como un resumen y un símbolo del destino del hombre sobre la tierra".

El viaje, el anhelo de un mundo mejor en esta misma vida, quizás al otro lado del mar, la

añoranza del paraíso, que finalmente es el amor. Me gustaría terminar leyendo otro trozo de un diario de viaje, un viaje a Concepción. Se trata de una conversación, una de las más tristes conversaciones de viaje que he escuchado. Estaba en un hotelito de dos o tres estrellas, tomaba desayuno en un comedor oscuro, plástico y feo. Mientras revolví lentamente mi café con leche, mis ojos estaban clavados en unas migas de pan sobre el mantel, pero mi atención estaba completamente puesta en la conversación de la mesa del lado.

“Un hombre de 50 y una mujer de 40, los dos vendedores viajeros, representantes de diferentes laboratorios farmacéuticos, recorrían las ciudades de Chile vendiendo sus productos: shampoo, pasta de dientes, desodorantes. Se encontraban por casualidad en un pueblo u otro, y a lo largo de los años habían formado una amistad profesional.

Mientras tomaban desayuno, conversaban. Y entre sus datos de posibles clientes, las anécdotas aburridas y superficiales, intercambiaban pequeños triunfos comerciales: 50 cepillos de dientes a la Farmacia O'Higgins, 10 cajas de depilación al Salón de Belleza Dorita..., conversaban y se refan, orgullosos de sus ingenuas estrategias comerciales, y mientras conversaban dejaban pasar sus sutiles mensajes de amor, sus miradas. Ambos tenían familias en otras ciudades, ambos regresaban a casa cada 10 días, y ambos soñaban en silencio con consumir su amor algún día, cuando, envalentonados por una cerveza, se abrazaran, se desnudaran e hicieran tristemente el amor, en un triste hotel de dos estrellas, encendidas bajo el triste cielo que lo cubriría todo y que guardaba el secreto de por qué se huye, por qué se ama y por qué se viaja...”

Eso sería, muchas gracias.



Jacques-Henri Lartigue

# Magisterio de la Iglesia y libertad individual

R.P. José Arteaga Llona, S.J.



**PRESENTACION DEL  
CONFERENCIANTE POR EL  
VICEDECANO DE LA FACULTAD  
DE MEDICINA, DR. FLAVIO NERVI  
ODDONE**

**E**n el programa de la tarde tenemos la conferencia "Magisterio de la Iglesia y libertad individual", un título bastante amplio, y que toca uno de los problemas más sentidos por los católicos que tienen testimonio de su fe no sólo en los tiempos actuales, sino que desde siempre. Es uno de los temas que provoca

mucha angustia existencial en la vida religiosa, tanto de los laicos como de los sacerdotes y de los religiosos. Y tenemos la suerte de contar para esta conferencia con el padre José Arteaga, hermano de nuestro colega Dr. Antonio Arteaga. El es profesor de la Facultad de Teología de nuestra Universidad y del curso de teología para laicos desde hace algunos años.

El padre José es un sacerdote jesuita que egresó del Colegio San Ignacio y estudió Derecho en la Universidad de Chile durante tres años. Entra a la Compañía de Jesús en el año 1960 y se ordena de sacerdote en 1976. Es Li-

cenciado en Filosofía por el Colegio Máximo de San José, de Argentina; Profesor de Estado en Filosofía y Licenciado en Teología en la Universidad Católica de Chile, y fue director de la revista "Mensaje" desde 1989 a 1991.

Más importante que todas estas actividades, el padre José es Vicario de la Parroquia Santa Cruz, en la zona oeste de Santiago, en el barrio Estación Central, donde atiende alrededor de 20.000 personas.

El problema que subyace al tema de esta conferencia concierne principal y directamente a los miembros de la Iglesia Católica y a distinto nivel a aquellos que sin serlo trabajan en instituciones de inspiración católica, que de algún modo exigen ceñirse en la práctica a las orientaciones del Magisterio de la Iglesia. Es obvio que alguien que no esté en ninguna de

estas dos situaciones no tiene por qué ver limitada su libertad por el Magisterio de la Iglesia. Para él, las declaraciones del Magisterio a lo más pueden tener el valor de los pronunciamientos de una prestigiosa institución cultural, como podrían ser las universidades, los colegios profesionales, otras instituciones religiosas, etcétera.

El fiel católico, en cambio, debe aceptar "con prontitud de obediencia cristiana aquello que los Pastores sagrados, en cuanto representantes de Cristo, establecen en la Iglesia en su calidad de maestros y gobernantes"<sup>1</sup>. Esta afirmación del Concilio Vaticano II está en continuidad con la del Concilio Vaticano I, en el siglo pasado, que declaró que la Iglesia es la intérprete definitiva de la rectitud de una doctrina tanto en materia de fe como en materia de moral.

\*\*\*\*\*

#### CONFERENCIA DEL R.P. ARTEAGA LLONA, S.J.

El Magisterio de la Iglesia, en su sentido católico, cuyo sujeto portador puede ser el Papa solo, el Papa con los obispos y cada obispo en sus diócesis, tiene su razón de ser en el hecho de que la Iglesia está referida a una norma que la precede y la sobrepasa y que brota del acontecimiento de Jesucristo testimoniado por la Escritura. La distancia temporal y cultural entre el acontecimiento de Cristo referido en las Escrituras y nosotros está mediada por la vida de la Iglesia, que es la tradición. Toda palabra y todo gesto humano exigen una interpretación para ser comprendidos y mucho más esta Palabra dicha hace dos mil años en un contexto cultural muy diferente al nuestro. El Magisterio de la Iglesia es el garante de que la interpretación que los fieles hacemos de la Escritura sea coherente con la verdad acontecida en Cristo. Es el llamado a discernir en última instancia si una doctrina o ciertos comportamientos son coherentes con la revelación.

Podemos distinguir una enseñanza del Magisterio en materia de fe como serían las declaraciones dogmáticas que ha habido a lo largo de la historia relativas a la Trinidad, la persona de Cristo, la gracia, la justificación, etc., y una enseñanza en materia de "costumbres" o moral. Lo que ahora interesa es fundamentalmente el Magisterio en materia moral.

Para clarificar cuál es su alcance, conviene dar algunas nociones acerca de diferentes tipos de Magisterio al interior de la Iglesia<sup>2</sup>.

El Magisterio episcopal puede dividirse, según la forma de ejercerse, en ordinario y extraordinario.

Hay tres tipos de portadores del Magisterio ordinario:

- El obispo, que recibe la autoridad de parte de Dios, por la ordenación episcopal, para ejercerlo en su diócesis y es designado para esa diócesis concreta por el nombramiento papal;
- El segundo portador es el Colegio Apostólico de los Obispos con el Papa como su cabeza;
- El tercer portador es el Papa, cuando enseña en su diócesis de Roma o cuando habla a la Iglesia entera en el ejercicio de su cargo de Pastor Universal.

El Magisterio *extraordinario* es el ejercido por el Papa cuando habla *ex cathedra* en una definición dogmática solemne o el ejercido por el Concilio Ecuménico.

<sup>1</sup> Constitución Dogmática del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia, N° 37.

<sup>2</sup> En lo que sigue me inspiro largamente en el escrito policopiado de Sergio Silva, S.S.C.C., *Dogma de Fe y Libertad de Pensamiento*, Santiago, 1994, 39 pp. Agradezco a su autor el habérmelo facilitado generosamente.

Según la validez del contenido de la enseñanza, el Magisterio puede ser infalible o solamente auténtico.

Para que la enseñanza del Magisterio ordinario de los obispos sea infalible debe cumplir una condición cuantitativa: que la gran mayoría de los obispos enseñe algo y que lo haga con el Papa y bajo su autoridad, y que la doctrina enseñada se proponga como revelada por Dios. En el caso del Magisterio extraordinario de los obispos, se necesita una representación real de toda la Iglesia, aunque no sea física.

Para que la enseñanza del Papa sea infalible debe cumplir tres condiciones:

- Debe tratarse de una enseñanza en la que el Papa ejerza su suprema autoridad apostólica como "pastor y doctor" de todos los cristianos;
- La enseñanza debe versar sobre la fe o las costumbres;
- y el Papa debe proponerla para ser sostenida por la Iglesia Universal.

Ante la enseñanza infalible del Magisterio, los creyentes debemos una obediencia de fe y su no aceptación significa el dejar de estar en comunión con la Iglesia.

Los teólogos y moralistas sostienen que no ha habido en la historia de la Iglesia enseñanzas morales que cumplan los requisitos para ser tenidas como infalibles. No así en materia de fe, ya que los Concilios Euménicos han declarado ciertos dogmas o Pío IX y Pío XII han enseñado *ex cathedra*.

El Magisterio no infalible es llamado "auténtico", tiene la fuerza de Cristo y es obligante. Posee este carácter el Magisterio del obispo en su diócesis, el de los obispos reunidos en sínodo y el del Papa cuando expone doctrinas en sus cartas encíclicas u otros documentos semejantes, siempre que sean dirigidas a la Iglesia Universal. También tiene este carácter la enseñanza de las congregaciones romanas, como la Congregación para la Doctrina de la Fe, cuando es expresamente aprobada por el Papa.

Este Magisterio es auténtico no tanto por las razones aducidas en favor de la doctrina enseñada sino por la misión recibida por los obispos de mediar la verdad revelada al mundo para todas las circunstancias de la vida<sup>3</sup>. Los fieles debemos a este Magisterio obediencia religiosa de razón y de voluntad. "Sin embargo, al aumentar los casos de error flagrante, baja la autoridad

del respectivo sujeto de magisterio y, consecuentemente, también la exigencia de obediencia"<sup>4</sup>. La obediencia de los fieles implica la exposición respetuosa donde y a quien corresponda de las razones por las cuales se piensa que hay error en la enseñanza<sup>5</sup>.

Para nuestro caso, nos interesa sobre todo el Magisterio auténtico en materia moral, al cual los católicos deberíamos responder con una obediencia religiosa, exponiendo a quienes correspondan los errores que podría haber en él. De este tipo es la enseñanza del Concilio Vaticano II sobre la paternidad responsable, la enseñanza contenida en la Encíclica *Humanae Vitae* de Pablo VI sobre la familia, en la Instrucción *Donum Vitae* de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre el respeto de la vida humana naciente, o en la Declaración "Persona Humana", de la misma Congregación sobre la sexualidad.

Es importante hacer un comentario acerca de cómo se genera este tipo de enseñanza magisterial. Es obvio que los documentos producidos por los obispos, las asambleas episcopales, el Papa o las congregaciones romanas son fruto de la investigación y elaboración de teólogos y moralistas, a no ser que un obispo o el mismo Papa sean ellos mismos teólogos o moralistas. Normalmente estos documentos se generan con la cooperación de numerosas personas que aportan su saber y muchas veces se conoce la historia de su redacción y, como en el caso del Concilio, se puede tener acceso a los borradores previos. El que ciertas conclusiones de esos trabajos e investigaciones sean asumidas por el respectivo portador del Magisterio en el cumplimiento de su rol de pastor y maestro les otorgan su carácter auténtico.

También es importante notar algo acerca del Magisterio en materia moral. Las enseñanzas morales están muchas veces relacionadas con los conocimientos científicos de que se dispone en el momento en que se imparten y que permiten determinados diagnósticos de la realidad. Dado el carácter fundamentalmente hipotético del conocimiento científico, en la medida en que una enseñanza magisterial supone ciertos datos científicos, ella quedará gravada con cierto grado de hipoteticidad. Esto ha sido muy claro en materias de enseñanza social en las cuales la Iglesia no rara vez ha defendido la posibilidad de sostener posiciones diversas entre cristianos. El mismo Papa Juan

<sup>3</sup> Cfr. Sergio Silva, *opus citatum*, p. 32.

<sup>4</sup> *Ibidem*, pp. 32-33.

<sup>5</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 33.

Pablo II en su última encíclica social, *Centesimus Annus*, hace notar que determinadas partes de su enseñanza tienen un valor más hipotético.

Estas dos observaciones ayudan a desmitificar el Magisterio de la Iglesia para evitar una concepción que hiciera de él una revelación directa de Dios y negara su carácter histórico y situado.

## LA CONCIENCIA MORAL ADULTA

Dicho todo lo anterior se nos plantea la pregunta de cuál es el grado de libertad que tiene el fiel católico ante la enseñanza del Magisterio auténtico en materia moral. Es obvio que cada uno de nosotros puede no obedecer las enseñanzas del Magisterio, como puede no obedecer los mandamientos de la ley de Dios y separarse de Él. En eso consiste precisamente el pecado. Pero la pregunta que nos hacemos aquí no se refiere a esta desobediencia, sino a si es posible disentir del Magisterio auténtico de la Iglesia en materias morales y obrar de diferente modo y permanecer en comunión con la Iglesia y con Dios.

Para responder a esta pregunta es fundamental dar algunas indicaciones sobre la conciencia moral como criterio último y decisivo acerca de la bondad o maldad de nuestro actuar y también sobre su evolución en la persona.

Es doctrina clásica de la Iglesia Católica el que la norma última y definitiva de la moralidad de nuestro actuar es el juicio de la conciencia moral que ha buscado con toda rectitud la verdad y que considera, con el grado de certeza que podemos tener en estas materias, que está en la verdad. El Concilio Vaticano II, hablando de la libertad religiosa, afirmó:

“El hombre percibe y reconoce por medio de su conciencia los dictámenes de la ley divina, conciencia que tiene obligación de seguir fielmente en toda su actividad, para llegar a Dios, que es su fin. Por tanto, no se le puede forzar a obrar contra su conciencia. Ni tampoco se le puede impedir que obre según ella, principalmente en materia religiosa”<sup>6</sup>.

El Papa Juan Pablo II ha reafirmado en su Encíclica *Veritatis Splendor* este rol de la conciencia, pero él ha acentuado fuertemente el

vínculo de la conciencia moral con la verdad de manera de evitar que ella se transforme en una instancia arbitraria, creadora del bien y del mal, en vez de ser una instancia que descubre en la realidad la ley divina. Para el Papa, las normas morales expresadas en la Escritura y los preceptos particulares y determinados enseñados por el Magisterio son una expresión adecuada de la verdad, especialmente cuando se trata de normas negativas del tipo “no matar”, “no cometer adulterio”, “no mentir”, etc.

Pero es precisamente en este punto donde se sitúa el problema.

El ser humano tiene un dinamismo profundo, orientado a buscar y conocer la verdad y a obrar de acuerdo a lo que él percibe como tal, permaneciendo libre de hacerlo o no. Lo afirma el mismo Concilio al decir:

“Por razón de su dignidad, todos los hombres, por ser personas, es decir, dotados de razón y de voluntad libre y, por tanto, enaltecidos con una responsabilidad personal, son impulsados por su propia naturaleza a buscar la verdad, y además tienen la obligación moral de buscarla [...] Están obligados, asimismo, a adherirse a la verdad conocida y a ordenar toda su vida según las exigencias de la verdad”<sup>7</sup>.

La coherencia profunda de nuestra existencia se juega en la fidelidad a esta búsqueda y en el obrar de acuerdo a sus conclusiones. Pero ésta es una característica de la persona llegada a su adultez moral después de un proceso evolutivo que ha sido bastante estudiado y que puede dejar hondas huellas en la persona y en las culturas, de manera que puede haber formas más bien infantiles de fundamentar y vivir la moralidad.

Un niño pequeño no es capaz de distinguir lo que favorece su vida y la vida de los demás y no está regulado por reacciones instintivas que le aseguren una actuación adecuada. El necesita que otros satisfagan sus necesidades y también que le den normas que le orienten en su acción. El aceptará esas normas no por su valor intrínseco, sino por provenir de las figuras de autoridad que le dan protección y cariño y cuya benevolencia desea asegurar. El niño en su proceso de crecimiento llegará a internalizar muchas de estas normas hasta el punto que pueden aparecer como personalmente elegidas.

<sup>6</sup> Declaración sobre la libertad religiosa, N° 3.

<sup>7</sup> *Ibidem*, N° 2.



La moralidad que se vive en esta etapa de la vida es fundamentalmente heterónoma en el sentido de que el "nomos" o norma es dado por otros y de que la razón para respetarla es precisamente el que haya sido establecida por la autoridad sin que el niño pueda explicar el porqué de ella. Toda persona tiene que pasar por esta etapa de heteronomía para llegar a desarrollarse como tal, ya que dejar abandonado a un niño a una búsqueda que lo supera significaría probablemente su condena a muerte. Pero es indispensable que llegue a superar este estadio de la evolución de su sentido moral.

Esta evolución de la conciencia moral, en cuyos detalles no entraremos aquí, apunta a pasar de la heteronomía a la autonomía moral. Ella se hace posible gracias al desarrollo psicológico y al despertar de capacidades cognitivas más sofisticadas. Es característica de la autonomía moral el que la persona considere que algo debe ser hecho porque eso es bueno, porque nos humaniza, o debe ser omitido porque es malo, es decir nos deshumaniza, y no simplemente porque está mandado o prohibido. El sujeto autónomo capta la racionalidad de una norma moral y se sujeta a ella no sólo porque ha sido formulada por una figura de autoridad, sino porque asiente a la racionalidad de su formulación. La autonomía moral, por lo tanto, no es sinónimo de pensar lo que se quiera o de obrar como se quiera, sino que tiene que ver con una sujeción inteligente a la realidad del ser humano y del mundo y se caracteriza porque es capaz de dar razón de sus convicciones éticas.

Es posible que una persona sea adulta desde el punto de vista de la edad que tiene y desde el punto de vista de su desarrollo corporal y aun en ciertos aspectos de su personalidad, pero que haya permanecido a un nivel infantil en el plano de su vivencia moral y siga teniendo rasgos de una moralidad heterónoma, proceda básicamente por temor y no pueda dar otra razón de sus convicciones éticas que el que algo esté mandado o prohibido.

Estas etapas de desarrollo de la conciencia moral a nivel personal tienen su paralelo a nivel social y encontramos modos de fundamentar la moral que son heterónomos y por lo mismo insuficientes y que han tenido históricamente vinculación a concepciones religiosas. Para nuestro caso interesa mencionar dos formas de fundamentar la moral que están bastante relacionadas: el nominalismo ético y el legalismo eclesial.

El nominalismo ético, basado en premisas metafísicas y cognoscitivas, subraya de tal modo la voluntad en Dios que llega a afirmar que

El podría haber querido que algo que moralmente es bueno fuera malo, y a la inversa. El único límite es lo manifestamente contradictorio. Esta concepción que subraya enormemente la trascendencia de Dios hace que el orden moral sea inaccesible a nuestra razón y que nos quepa sólo obedecer a lo que de facto Dios ha ordenado a través de su revelación. Esta manera de fundamentar la moral se expresa en la frase "Algo es moralmente bueno porque está mandado por Dios o algo es moralmente malo porque está prohibido por Dios". De hecho, el catolicismo, siguiendo a Santo Tomás, ha sostenido, en cambio, una concepción distinta de lo moral al afirmar que "Dios ordena algo porque eso es bueno, o prohíbe algo porque eso es malo", bondad o maldad que toda persona puede captar con su razón, aunque esta capacidad puede estar obscurecida por el pecado y la debilidad.

El legalismo eclesial es muy parecido al nominalismo, pero tiene bases más bien psicológicas, sociológicas e históricas que filosóficas. Tiene un tinte básicamente negativo y sostiene que algo es moralmente malo porque la autoridad eclesial lo prohíbe, y no que la autoridad eclesial prohíbe algo porque eso es moralmente malo, es decir deshumanizante. Esta es la mentalidad que subyace a algunos comentarios hechos cuando se publicó el Catecismo Católico y algunos dijeron que allí se establecían nuevos pecados, como si el pecado existiera porque lo dice el Catecismo Católico y dejara de serlo porque así lo determinarían sus autores.

#### **NUESTRA ACTITUD FRENTE AL MAGISTERIO AUTENTICO EN MORAL**

Después de este largo *excursus* sobre la evolución de la conciencia moral, podemos volver a nuestro interrogante acerca de la posibilidad de disentir de la enseñanza del Magisterio auténtico de la Iglesia sin dejar de estar en comunión con ella.

Aunque el Concilio Vaticano II afirma que los fieles debemos aceptar el juicio de nuestro obispo y debemos adherirnos a él con religioso respeto, y esto especialmente respecto al Magisterio auténtico del Romano Pontífice<sup>8</sup>, no es menos cierto que la enseñanza del Magisterio es ofrecida a una persona inteligente y llamada a la adultez moral como la describimos. Esto exige en primer lugar que nos dejemos interpelar se-

<sup>8</sup> Cfr. Constitución dogmática sobre la Iglesia, N° 25.

riamente por lo que el Magisterio nos dice sobre un punto determinado y nos esforcemos por comprender las razones explícitas o implícitas que puede haber para fundar una normativa ética determinada, es decir para descubrir el valor que se trata de promover o defender con la norma en cuestión.

Es posible que sin caer en la heteronomía nosotros juzguemos en ciertos casos que el asunto es de tal complejidad que podemos descansar en el juicio de otras personas más competentes, y en este caso del Magisterio del cual podemos legítimamente suponer que ha buscado la verdad. Es, por lo demás, lo que muchas personas hacen respecto a su médico cuando se enfrentan a decisiones sobre puntos de salud que sobrepasan claramente su capacidad de comprensión.

Pero es posible que después de habernos dejado cuestionar seriamente por el juicio del Magisterio en una materia que dominamos y de haber buscado seriamente la verdad, no lleguemos a comprender su racionalidad y estemos ciertos de que debemos obrar en una forma diferente. En este caso hay que volver a la doctrina clásica de que el criterio último de nuestra acción debe ser el de nuestra conciencia que ha buscado la verdad. Obrar de otra forma sería recaer en la heteronomía moral y aceptar, contra el testimonio de nuestra conciencia, que algo es bueno o malo moralmente simplemente porque la autoridad lo ordena o lo prohíbe. El llegar a esta situación supone, como lo he dicho varias veces, que hemos buscado lealmente la verdad en un diálogo sincero con el Magisterio, y especialmente con la realidad global del ser humano.

Pensando en una Facultad de Medicina de una Universidad Pontificia considero que debe haber un especial respeto y atención al Magisterio de la Iglesia en materias morales, pero también debe haber una especial responsabilidad en la elaboración de ese mismo Magisterio que, como vimos, tiene un carácter histórico y situado. Aunque las afirmaciones morales no fundan su verdad en los datos de las ciencias naturales o humanas, en su elaboración están supuestas muchas conclusiones de tipo científico. Es perfectamente posible, en una época de descubrimientos fabulosos y avance vertiginoso, como la nuestra, que nuevos conocimientos científicos arrojen una luz distinta sobre determinadas afirmaciones del Magisterio y nos lleven a disentir de sus afirmaciones. El Concilio Vaticano II, tantas veces citado en esta exposición, dice de los laicos:

“Conforme a la ciencia, la competencia y el prestigio que poseen, tienen la facultad, más aún, a veces el deber, de exponer su parecer acerca de los asuntos concernientes al bien de la Iglesia. Esto hágase, si las circunstancias lo requieren, a través de instituciones establecidas para ello por la Iglesia, y siempre en veracidad, fortaleza y prudencia, con reverencia y caridad hacia aquellos que, por razón de su sagrado ministerio, personifican a Cristo”<sup>9</sup>.

En este espíritu, puede ser la obligación de la Facultad de Medicina de una Universidad Católica el enfrentarse a los delicados problemas éticos que plantea el ejercicio de la profesión y los avances científico tecnológicos e iluminar al Magisterio en espíritu de colaboración respetuosa. El simplemente disentir y no tratar de aportar lo que consideramos la verdad sería un signo de que no se asume con toda su seriedad la responsabilidad laical al interior de la Iglesia.

Por lo demás, no hay que extrañarse de las tensiones que al interior de la Iglesia se pueden vivir entre los expertos en un área del saber, los moralistas y el Magisterio. Las funciones de un investigador, de un teólogo moralista y del Magisterio son diferentes. Un investigador o un profesional está centrado en un campo determinado del saber, está fuertemente motivado por el avance científico y a veces puede dejar en la penumbra una consideración más global del fenómeno humano. El moralista tiene como misión el recibir los desafíos que le vienen desde el mundo de la ciencia y la cultura y de reflexionarlos a la luz de la fe y de una visión integral del ser humano y, muchas veces, en un espíritu de búsqueda, presentará hipótesis que van más allá de lo afirmado por el Magisterio. Este último no tiene como función primordial el buscar nuevas soluciones morales, sino la de custodiar la coherencia de las búsquedas de otros y de sus formulaciones con el acontecimiento de Cristo manifestado en la Escritura y “discernir, por medio de juicios normativos para la conciencia de los fieles, los actos que en sí mismos son conformes a las exigencias de la fe y promueven su expresión en la vida, como también aquellos que, por el contrario, por su malicia son incompatibles con estas exigencias”<sup>10</sup>. Podemos decir que su papel es sanamente conser-

<sup>9</sup> *Ibidem*, N° 37.

<sup>10</sup> Juan Pablo II, Carta Encíclica *Veritatis Splendor*, N° 110.

vador y que no le podemos pedir que vaya a la punta de las búsquedas y formulaciones, sino que autentifique aquellas respuestas que probadamente son adecuadas<sup>11</sup>. De hecho, a lo largo de la historia del catolicismo se han producido muchos avances teóricos que inicialmente no fueron acogidos o fueron fuertemente criticados por el Magisterio, pero que a la larga, después de ser afinados, llegaron a ser aceptados e incorporados a la misma enseñanza del Magisterio<sup>12</sup>.

Finalmente quisiera referirme a algo a lo cual aludí al inicio de este artículo al decir que el Magisterio liga a los creyentes o a los que trabajan en instituciones que oficialmente llevan el nombre de católicas. Me refiero expresamente a un párrafo de la Encíclica *Veritatis Splendor* de Juan Pablo II sobre algunas cuestiones fundamentales de la enseñanza moral de la Iglesia. Hablando de la responsabilidad que tienen los obispos, en cuanto pastores, dice:

“Una responsabilidad particular tienen los obispos en lo que se refiere a las *instituciones católicas*. Ya se trate de organismos para la pastoral familiar o social, o bien de instituciones dedicadas a la enseñanza o a los servicios sanitarios, los obispos pueden erigir y reconocer estas estructuras y delegar en ellas algunas responsabilidades; sin embargo nunca están exonerados de sus propias obligaciones. Compete a ellos, en co-

munion con la Santa Sede, la función de reconocer, o retirar en casos de grave incoherencia, el apelativo de ‘católico’ a escuelas, universidades o clínicas relacionadas con la Iglesia”<sup>13</sup>.

Nuestra Universidad no sólo es católica, sino pontificia y con ello asume una especial apertura a la inspiración católica y a su expresión a través de la enseñanza episcopal y papal. Puede ser perfectamente posible que trabaje en la Universidad Católica alguien que no sea creyente y que como tal no esté ligado por el Magisterio, pero, al elegir trabajar en ella sabe que entra a una institución de estas características y que también él deberá entrar en este diálogo profundo, respetuoso y adulto con la enseñanza moral de la Iglesia, del cual es garante, en último término, el Gran Canciller de la Universidad.

Tanto para los creyentes como para los no creyentes que trabajan en una institución de estas características puede darse el caso de que, después de haber buscado, dialogado y presentado sus opiniones, tengan que optar entre permanecer en ella y autolimitarse o realizar aquello que en conciencia creen deben realizar y abandonar la institución. Es siempre de desear que el diálogo al cual me refería anteriormente evite llegar a este extremo, pero no podemos descartarlo a priori. Esa misma decisión, que puede ser muy dolorosa, tiene un fuerte contenido ético e irá precisamente en la línea de lo que hemos denominado la autonomía ética.

<sup>11</sup> Cfr. Eduardo López Azpitarte, *Fundamentación de la ética cristiana*, Ediciones Paulinas, Madrid, 1991, pp. 248-249.

<sup>12</sup> Cfr. *Ibidem*, p. 248.

<sup>13</sup> Juan Pablo II, Carta Encíclica *Veritatis Splendor*, N° 116.

Encuentro de Cirujanos y de Especialistas  
Quirúrgicos formados en la  
Facultad de Medicina de la Pontificia  
Universidad Católica de Chile

(26 de noviembre de 1994)



# El pensamiento de Guy de Chauliac sobre lo que debe y lo que no debe ser el cirujano

Dr. Lorenzo Cubillos O.



Agradezco a la Comisión Organizadora de este extraordinario encuentro el honor que me ha conferido para dirigirme a ustedes. Además de la generosidad de ella, creo que esta misión ha recaído sobre mí, atendiendo a la antigüedad en la Institución, al conocimiento personal de la mayoría de los presentes y a la nueva tarea que he asumido como organizador del Centro de Documentación Histórica de esta Facultad de Medicina.

Mi intervención contempla dos aspectos:

1. **Motivación histórica al encuentro**, y 2. **Breve conferencia sobre el tema enunciado.**

1.1. **Motivación histórica al encuentro.** La haré con una secuencia iconográfica de diapositivas, que sin duda despertará una reacción anamnésica en todo el público asistente. Lamentablemente, aquélla no es posible publicarla en este documento.

En "*Recuerdos de la Escuela*", del Dr. Augusto Orrego Luco, encontramos este pensamiento: "*La historia es una gran maestra de modestia, de respeto y de buen sentido*". Con este leit motiv, elaboré el trabajo "*Historia del Servicio de Cirugía del Hospital Clínico de la Pontificia Universidad Católica de Chile*", pu-

blicado recientemente (Rev. Chilena de Cirugía, 47 (3): 284-293, 1995) y al cual remito al lector.

1.2. El reencuentro puede ser instancia de intensa alegría compartida y de emoción vivificante. En este caso significa volver a encontrarse con los antiguos maestros, con los compañeros de trabajo y discípulos, con el *Alma Mater* que marcó profundamente nuestra existencia y aún consigo mismo, al contemplar nuestros años mozos en la perspectiva del tiempo. Esta reunión de un antiguo grupo quirúrgico tiene *carácter histórico*, ya que se realiza por primera vez en este contexto en el seno de nuestra Facultad de Medicina. Es algo así como la asamblea de una numerosa familia, cuyos miembros están dispersos en diversas latitudes e instituciones nacionales. Al enfrentar nuevamente nuestros rostros, sentimos que estamos unidos férreamente por una mística y estilo de vida común, iluminados por el sentido cristiano de la profesión.

1.3. Nuestro lema es: "*Honrar a los Maestros, incentivar a la juventud*".

Hasta la fecha, han pasado por las aulas de esta Escuela más de dos mil estudiantes y a partir del comienzo de la década del '60 se han formado más de cien cirujanos generales y cuarenta y tres especialistas en diferentes disciplinas quirúrgicas, que con eficiencia contribuyen al desarrollo de la Cirugía y a satisfacer las necesidades asistenciales de Chile y de otros países americanos. Me agrada recordar la obra de cada uno de ustedes, pero el tiempo no lo permite. Sólo me atrevo a destacar que nuestra unión espiritual descansa en una tradición común, cuyas raíces están fundamentalmente en los pioneros y artífices de nuestra Cirugía, muchos de los cuales han sido llamados por El Señor. Como testimonio de nuestro reconocimiento a ellos, podemos leer en un mural del área de la División de Cirugía:

#### **Pioneros y artífices de nuestra cirugía**

*"Porque sembraron generosamente la semilla del bien.*

*Porque ejercieron la profesión médica con auténtica caridad cristiana*

*Porque sirvieron con entusiasmo la noble causa quirúrgica.*

*Cosechan el respeto y gratitud de sus contemporáneos, pares y discípulos y constituyen el*

*ejemplo y el más preciado patrimonio de nuestra Institución".*

Dentro de ellos se cuentan los doctores:

Rodolfo Rencoret Donoso	(1902-1968)
Ricardo Benavente Garcés	(1897-1970)
Sergio Rosati Malatesta	(1922-1980)
Jorge Tocornal Correa	(1935-1981)
José Estévez Vives	(1906-1981)
Eduardo Larraín Marín	(1914-1983)
Alfonso Ovalle Rodríguez	(1912-1983)
Nicolás van Diest Mella	(1914-1983)
Arnaldo Marsano Bertolotto	(1917-1992)
Fernando Andrade Salinas	(1926-1993)

1.4. Al término de este acto académico y en la Santa Misa, juntos agradeceremos a Dios por este feliz encuentro y rogaremos por el eterno descanso del alma de nuestros profesores, condiscípulos y alumnos fallecidos.

2. He considerado pertinente contribuir a esta reunión con el tema "**Pensamiento de Guy de Chauliac sobre lo que debe y lo que no debe ser el cirujano**".

Pero, ¿quién era ese personaje?, ¿cuál es su mensaje?, ¿cuán válido es su pensamiento hoy día? Respondo sucesivamente a estas preguntas:

2.1. ¿Quién era ese personaje?

*Guy de Chauliac (siglos XIII y XIV)*

- Nació en Chauliac (sur de Francia), a fines del siglo XIII
- Realizó estudios religiosos en Toulouse.
- Efectuó estudios médicos en Montpellier.
- Se inició en Cirugía con Raimond de Molières.
- Obtuvo título médico (*Magister Phisicus*), en 1325.
- Prosiguió sus estudios en Bolonia y París.
- Enseñó en Montpellier, pero sus funciones principales fueron de médico y de capellán de los Papas de Avignon.
- Actuó en la grave epidemia de "peste negra", que azotó el oeste de Europa a mediados del siglo XIV, en la que enfermó y providencialmente se recuperó.
- Su obra maestra es la "Chirurgia Magna" o la "Gran Cirugía" (1364), compuesta por 7 libros. Fue el texto de Cirugía más completo escrito hasta entonces y guió por dos siglos la vida quirúrgica de Europa occidental.
- Falleció alrededor de 1368.
- Las generaciones posteriores lo han llamado "*Padre de la Cirugía*".

## 2.2. ¿Cuál es su mensaje?

*Del pensamiento de Guy de Chauliac ha perdurado a través de los siglos un mensaje que interesa a todos los presentes: Lo que debe ser y lo que no debe ser el cirujano*

### 2.2.1. EL CIRUJANO DEBE:

- ser docto en Medicina y Cirugía
- ser experto
- ser ingenioso y criterioso
- tener capacidad de adaptación
- ser denodado en las cosas seguras y prudente en las cosas peligrosas
- evitar todos los tratamientos y prácticas viciosas
- ser bondadoso con el enfermo, considerado con sus colegas y cauteloso en sus pronósticos
- ser modesto, digno, cortés, compasivo y misericordioso.

### 2.2.2. EL CIRUJANO NO DEBE:

ser codicioso ni extorsionista del dinero, sino que más bien debe recibir la paga justa según el trabajo realizado, los medios económicos del paciente, la calidad del asunto tratado y su propia dignidad.

## 2.3. ¿Cuán válido es su pensamiento hoy día?

2.3.1. Si se lee con detención este mensaje, asombra por su sabiduría, claridad, precisión y consistencia. Su lozanía se mantiene a través de los tiempos, a pesar de todos los cambios que ha experimentado la Medicina. Apunta en forma tan certera, explícita y jerárquica a las características esenciales y actitudes, tanto cognitivas como psicomotoras y afectivas del quirurgo, que resulta casi superfluo el análisis de cada una de las aseveraciones. Cada una de éstas, aplicada a la realidad que vive hoy el cirujano, toca puntos de palpante actualidad y se transforma en luz señera para el presente y para el futuro.

2.3.2. No sin razón el Colegio Americano de Cirujanos, en pleno siglo XX y en los albores de un nuevo milenio, ha hecho propio el mensaje de este gran quirurgo del Medievo, y por ello lo difunde con especial recomendación a todos sus miembros.

2.3.3. Si queremos responder la pregunta que nos planteamos, tendremos que aceptar que **el mensaje de Guy de Chauliac tiene validez permanente no sólo para el cirujano, sino que para cualquier médico, porque es un pensamiento clásico, ético y cristiano.**



Doctores José Estévez, Juan Arraztoa y Rodolfo Rencoret, junto a la R.M. Leonor Thöne y a un grupo de auxiliares de Enfermería.

# El reencantamiento de la Cirugía

**Mons. Bernardino Piñera C.**

*Arzobispo Emérito de La Serena. Miembro de la Academia de Medicina del Instituto de Chile.  
Otros datos biográficos ver en REMUC 10/92, p. 65.*



**E**n 1935 –hace casi sesenta años– pasé a tercer año de Medicina en la Universidad de Chile. Allí, en un anfiteatro medio tétrico, el profesor Marcos Donoso Donoso daba sus clases de Medicina Operatoria: suturas, amputaciones, tratamientos de luxaciones y fracturas constituían lo esencial de la materia. Y, como texto, sólo teníamos acceso a algún ejemplar vetusto y manchado con sangre de la Medicina Operatoria del profesor Gregorio Amunátegui, el maestro de don Marcos.

La “Medicina operatoria” era una supervivencia de los flebotomos y sacamuelas, artesa-

nos que ejercían sus destrezas sobre el cuerpo humano doliente, con gran habilidad técnica, sin duda, pero con desconocimiento de la gran complejidad del organismo humano.

Hoy día, la Medicina operatoria ha sido absorbida por la Clínica Quirúrgica, o simplemente por la Cirugía, y sus especialidades como la Ortopedia. El cirujano es médico antes de ser cirujano y tiene una visión clara del conjunto del ser humano. Y sabe que el acto quirúrgico se inserta, como parte de un todo, en el tratamiento de un hombre enfermo, considerado en su integridad corpórea y psíquica.



El buen cirujano sigue siendo un hábil artesano, capaz de intervenir con precisión, con rapidez, con eficacia y con el menor daño posible al enfermo. Lo acompaña el anestesista que se hace cargo del enfermo en su conjunto, no sólo para evitarle el dolor físico, sino para controlar sus funciones vitales. Y antes de ser intervenido, y después de la intervención, el enfermo ha sido y será atendido por un equipo médico preocupado del paciente en su integridad.

Y es que, por muy hábil que sea el cirujano, sabe que su especialidad es parte solamente de un proceso más completo. Y antes de entrenarse en el operatorio mismo debe tener un conocimiento general suficiente del ser humano sobre el cual operará. Sabe que su especialidad es parte de una generalidad. Y que debe mantener un equilibrio, a veces difícil, entre su misión de médico generalista que asume el enfermo en su totalidad y su eficiencia de operador que debe concentrarse en el campo restringido en que está actuando.

El éxito de la intervención depende, sin duda, de que sea técnicamente bien ejecutada. Pero depende también de que se haga con una indicación precisa, en el momento oportuno, con un conocimiento claro del estado general del enfermo, como parte de una atención integral, tomando en cuenta incluso el estado anímico del paciente, la situación de su familia y de su entorno.

Un gran problema que afecta hoy día a la profesión médica –y a muchas otras– es el de la integración de *lo general* y de *lo particular*, del “abarcar mucho” y del “apretar bien”. Es el problema también de toda la cultura. A medida que aumenta la información especializada y se multiplican las tecnologías adaptadas a mil situaciones diversas, los profesionales parecen dispersarse, perder de vista el conjunto. No logran siempre procesar la “información” para convertirla en “conocimiento”, menos aún procesar el conocimiento para convertirlo en “sabiduría”. El especialista suele considerar al generalista como un personaje un tanto vago, superficial, que habla de todo sin saber nada bien, como un filósofo aficionado que vuela en la estratosfera de la teoría, pero resulta insuficiente en el terreno de la práctica. Y éste, a su vez, ve al especialista como un hombre limitado y minucioso, pero carente de perspectiva, como un erudito, un coleccionista o un artesano, más que como un profesional de cultura amplia y de visión íntegra.

La superación de este dilema es la gran tarea de la universidad de hoy. Es una tarea de

ordenamiento. Las especializaciones seguirán multiplicándose y perfeccionándose. Pero deberán ser asumidas en conjuntos cada vez más amplios. Hay en la cultura y en la ciencia de hoy un reclamo de coordinación, de jerarquización, de integración. Yo proponía hace poco en un seminario que, parodiando el título del célebre libro de Schumacher: *Small is beautiful* (Lo pequeño es hermoso), dijéramos: *Whole is beautiful*, lo íntegro, lo global es hermoso. La totalidad, la generalidad es hermosa.

Y recordaba también la queja del poeta inglés T.S. Eliot, a la que ya aludí: ¡Cuánta *información* que no llega a ser *conocimiento*! ¡Cuánto conocimiento que no llega a ser *sabiduría*!

Es evidente que no se le puede pedir a cada uno de nosotros que sea todo a la vez; que sea un experto neurocirujano, por ejemplo, y que domine al mismo tiempo la obstetricia o las enfermedades del metabolismo y que sea, además, un filósofo de la Medicina y un consumado humanista. Pero sí se puede pedir que la universidad, como tal, y la Facultad de Medicina como parte de ella, estén organizadas y jerarquizadas de tal manera que haya en ellas cabida para todo. Y que, en la formación del cirujano, se dé importancia a la cultura general que permita al especialista no perderse en su especialidad, sino de estar abierto hacia las generalidades para ubicarse bien, para poder renovarse y para tener acceso a las más altas aspiraciones humanas, sin dejar de ser un buen especialista; por el contrario, siendo por ello un mejor especialista.

Algunos pensadores de hoy ven la sociedad humana como un “sistema complejo” en situación de “no-equilibrio”. Que debe ser manejado “como un conjunto”. No se contentan con insistir en lo interdisciplinario, en el intercambio de conocimientos que vienen de especialidades diferentes. Sienten la necesidad de jerarquizar los conocimientos en síntesis cada vez más incluyentes. Consideran como reduccionista la filosofía racionalista empírica que ha prevalecido en los últimos siglos, la filosofía de la llamada “modernidad” y aspiran a un conocimiento “holístico” que incluya la intuición –el “ojo clínico”, diríamos nosotros–, la imaginación, la sensibilidad y la afectividad, incluso la mística. Piensan que el ser humano es como un arpa de muchas cuerdas que deben ser todas pulsadas en su tiempo si el instrumento ha de expresar todo lo que es capaz de decirnos.

Este fue el concepto medieval de universidad. En aquellos tiempos, la síntesis más alta la daba la *teología*, la ciencia de Dios. Desde ella se iluminaba la *cosmología*, la ciencia de la na-

turalidad, y la *antropología*<sup>8</sup>, la ciencia del hombre. Y de allí para abajo el mundo de las ciencias, de las artes y de las letras, toda la cultura humana. Hoy tenemos que remontar la corriente. La Medicina debe integrarse por la vía de la biología en la cosmología; debe integrarse, más directamente aún, con la antropología, la ciencia del ser humano considerado en todas sus dimensiones. Y quedar abierta a la teología, sin excluirla *a priori*, porque la universidad no se cierra a nada y está abierta a todo: nada de lo humano le es extraño.

El estatuto del especialista, en la vida e incluso en la universidad, parece estar bien asentado. Falta ahora revisar el estatuto del generalista. Del hombre del intercambio y de la síntesis, del que aspira a controlar este "sistema complejo en situación de no-equilibrio" que es la cultura, y que es también la sociedad humana, para actuar responsablemente al llegar a las "bifurcaciones" decisivas en que de las decisiones de los hombres dependerá la catástrofe final o el comienzo de una nueva era. (Ver Ervin Lazlo: *La gran bifurcación*).

La universidad será como un cono, en cuya base laboran los mil *especialistas* de mil disciplinas y tecnologías diversas. Pero, subiendo paso a paso de la base hacia el vértice, se irán ubicando los *generalistas*, renunciando a una mayor "comprensión", en el sentido escolástico de la palabra, para lograr una mayor "extensión", pero una extensión basada en informaciones auténticas. Y, así, de nivel en nivel, se llegará a las más altas síntesis, a la filosofía, pero a una filosofía que abarque la verdad, la belleza y el bien; a una filosofía que se abra a todas las dimensiones posibles del ser humano, que haga vibrar todas sus cuerdas, que coordine y que dirija todos los instrumentos de la orquesta y que no tema desembocar en el misterio.

A esta universidad renovada deberá corresponder un universitario renovado también. Un hombre abierto, curioso de todo, ávido de verdad, de belleza y de bien. Un humanista, pero un humanista que sepa que el hombre es más grande que sí mismo, que no se cierre en lo meramente humano, que esté siempre dispuesto a trascenderse. Y desde esta actitud inicial que le darán la escuela, el liceo y la universidad en sus primeros años, irá descendiendo poco a poco a la carrera elegida —a la cirugía, en este caso—, pasando por la ciencia, la biología y la antropología; llegará a la Medicina, a la cirugía

y a su especialidad en que se esmerará por llegar a la perfecta eficiencia, al virtuosismo incluso. Pero como el virtuoso del piano, del violín o de la flauta que no se contenta con actuar como solista, que aspira a participar de la orquesta entera para no perderse el "Don Juan", de Mozart, o la "Misa en Re", de Beethoven. Porque antes de ser flautista o violinista él es músico y, antes de ser músico, él es hombre, un hombre que vibra con la verdad, la belleza y el bien.

Este profesional será mejor especialista por venir a su especialidad desde más alto. Podrá ubicar bien su especialidad en el conjunto de su profesión. Podrá renovarse en su especialidad. Y, sobre todo, él no se dejará atrofiar dentro de los límites de una especialidad necesariamente pequeña; crecerá a la medida de la cultura y del destino humano.

La Universidad Católica, en la cual ustedes y yo nos formamos, aspira a ser ese tipo de universidad y a formar ese tipo de universitario. Pero todas las universidades tienen sus limitaciones; son siempre un proyecto más que una realidad acabada. Al salir de la universidad el proceso educativo continúa. No dejemos que los aspectos subalternos de la profesión y de la vida ahoguen en nosotros un ansia de perfeccionamiento continuo. Y, por el ejercicio responsable y esmerado de nuestra especialidad de cirujanos, de nuestro oficio de operadores en la carne humana, llegaremos a esa "sabiduría" a que aspiraba Eliot, a esa sabiduría que permitirá a los hombres retomar el control de este planeta perdido en el espacio y en el tiempo, de este "sistema complejo y desequilibrado", cuando todavía todo es posible, cuando todavía se puede soñar con un milenio de equilibrio y de cordura, de dignidad y de humildad, de libertad y de solidaridad, en que todas las puertas y las ventanas de la vida se abran a toda la verdad, a toda la belleza y a todo el bien, o, si ustedes quieren, y sin querer apurar las etapas, a Dios, verdad infinita, belleza infinita e infinito bien.

Quiero agregar una última consideración. El mundo, en este fin de milenio, vive una angustia de carácter *ético*. Se siente amenazado por mil peligros, todos los cuales derivan de una posibilidad de conductas humanas inadecuadas: desde la delincuencia y la corrupción hasta el manejo irresponsable o criminal de la energía del átomo; desde los experimentos con embriones humanos que pueden privarnos de toda libertad y de toda dignidad, hasta la polución del agua, del aire y de la tierra, el agotamiento de las materias primas y de las fuentes de energía o la ex-

<sup>8</sup> La psicología, dicen los escolásticos, por ser la psicología propia del hombre.

tinción de nuestra fauna y de nuestra flora; desde la manipulación de la vida humana en la esterilización, el aborto o la eutanasia, hasta una guerra fratricida provocada por intolerables desigualdades entre los hombres.

El médico, y más aún el cirujano, está en el centro de este torbellino ético. El aparece como señor de la vida y de la muerte, de la fecundidad y de la esterilidad, del dolor y de la supresión del dolor, de la angustia y de la paz. Muchos se contentan con paliar las consecuencias de los errores humanos, sin darse cuenta que el alivio de los síntomas suele retrasar y aun hacer olvidar la causa de la enfermedad. Tratan con opio el abdomen agudo, o con aspirina el tumor cerebral. El médico y el cirujano necesitan una ética de principios universales, valederos y aceptables para todos y por todos, en la que basar su conducta. En un tiempo esa ética se basaba en la revelación de Dios, acogida en la fe: "¡No matarás! ¡No comerás adulterio!". Hoy día la fe se ha debilitado en muchos. Quizás esté próxima a volver. Entretanto, la ética ha de fundarse en un estudio serio de la naturaleza humana, del sentido de la vida y de la muerte, del destino último del hombre. Tan sólo una sana antropología, una inobjetable metafísica, en espera de una

teología aceptada por todos, pueden fundar una ética segura y universal que inspire todas las actitudes y las acciones del cirujano.

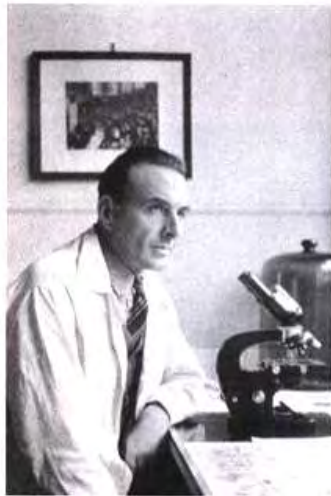
Siempre tiene el cirujano un prestigio, una autoridad moral que no tienen en igual grado otros profesionales. El no puede eludir el problema ético. El debe seguir siendo para el pueblo el hombre que, con sus conocimientos científicos, su experiencia clínica y su habilidad operatoria, sirve al hombre y a la mujer en momentos difíciles de sus vidas, sin apartarse del orden natural de las cosas, del sentido profundo de la vida y, si es creyente, de la voluntad de Dios, que ha creado al hombre "a su imagen y semejanza", invitándolo a "compartir su gloria".

¿Qué es entonces el cirujano? Un hábil operador; un médico experimentado; un biólogo conocedor del misterio de la vida; un antropólogo experto en el misterio del hombre; un moralista que pone su ciencia y su técnica al servicio de la vida, del orden natural y de la voluntad divina; un humanista abierto a toda la cultura; un pensador que, de síntesis en síntesis, se encamina a la síntesis suprema; un conductor de la humanidad que la lleva a realizar sus sueños, y, repítámoslo, un apasionado buscador de la verdad, de la belleza y del bien.



# Celebración de los cincuenta años del Departamento de Anatomía Patológica

(18 de marzo de 1995)



Dr. Ismael Mena R.



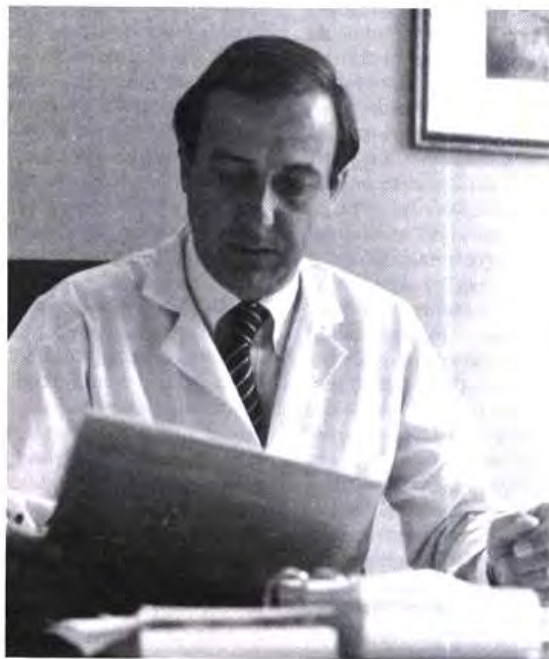
Dr. Roberto Barahona S.



Primer curso de Anatomía Patológica de la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

# Discurso del Decano de la Facultad de Medicina

**Dr. Pedro Rosso R.**



**E**n representación de la Facultad de Medicina, me es muy grato sumarme a esta celebración del cincuentenario de la fundación de nuestro Departamento de Anatomía Patológica y saludar a cada uno de sus miembros, académicos y no académicos, manifestándoles el profundo aprecio que siente la Facultad por la fértil labor realizada a lo largo de su existencia.

El Departamento de Anatomía Patológica ocupa un lugar muy destacado en la historia y en la vida de nuestra Escuela de Medicina. Eso se debe, en primer lugar, a la calidad humana y excelencia académica de quienes lo integran o

lo han integrado pero, también, al hecho, raro en nuestro país, de haber sido capaz de desarrollar una escuela original de pensamiento en la disciplina que cultiva. Las características señaladas han otorgado a sus actividades docentes y asistenciales un sello propio que ha marcado, con fuerza multiplicadora, a quienes se han formado profesionalmente en su seno.

Al reflexionar sobre las contribuciones que el Departamento de Anatomía Patológica ha hecho a esta Escuela, es imposible no detenerse en el Dr. Roberto Barahona, quien fuera uno de sus fundadores y, por mucho tiempo, su Jefe. El

perfil humano y académico de don Roberto es conocido por todos ustedes y ha sido, y continúa siendo, un modelo para nuestra comunidad universitaria. En esta feliz ocasión quisiera rendir un homenaje al Departamento de Anatomía Patológica y a este inolvidable maestro, compartiendo con ustedes un episodio de mi vida de estudiante que ilustra la profunda huella que su quehacer ha dejado en muchos de quienes tuvimos el privilegio de ser alumnos del doctor Barahona, y de quienes hoy son dignos continuadores de su obra.

Comenzaré diciendo que en el curso de anatomía patológica, además de instruirse sobre la materia correspondiente, uno se forma en lo que llamaré "pensar bien", que no es el antónimo de pensar mal y que tampoco significa, necesariamente, pasarlo bien (por lo menos mientras se vive la experiencia). De acuerdo a los conceptos pedagógicos más recientes, pensar bien implica una estructuración del pensamiento que nos lleva a aproximarnos a algo desconocido en una forma sistemática y crítica; con un espíritu creativo, en el sentido de considerar posibilidades alternativas a las que parecen más obvias; y en un proceso metacognitivo, es decir, examinando nuestra lógica. Obviamente, no pretendo convencerlos de que todos quienes fuimos alumnos del curso de anatomía patológica hemos aprendido a pensar bien pero, por lo menos, a que hemos aprendido a pensar mejor. En mi caso particular, recuerdo haber pasado por los dos primeros años de estudios de Medicina como en un estado larval en el cual engullía sin descansar un enorme cúmulo de conocimientos. De esos años, entre los elementos verdaderamente formadores, sólo rescato mi irreversible fascinación por las ciencias médicas, inspirada por grandes profesores como Juan de Dios Vial, Luis Izquierdo, Joaquín Luco y Héctor y Raúl Croxatto. Ellos fueron los primeros modelos a mi alcance de personas cuyas vidas estaban generosa y apasionadamente dedicadas a la Universidad. Sin embargo, la adquisición de tantos y tan variados conocimientos no cambió mi manera de pensar y verbalizar adquirida en el colegio y que, como comprobaría, dejaba mucho que desear.

Mi impresión fue enorme cuando comenzó nuestro curso de anatomía patológica. Inicialmente me sentí muy intimidado por su atmósfera, establecida por la personalidad arrolladora del Dr. Barahona y la tensión que generaban sus inquisitivas y, a la vez, extremadamente simples preguntas. Durante muchas semanas mi único deseo en la vida fue no ser seleccionado

para pasar al frente de la clase a describir piezas de autopsia, cosa que afortunadamente se cumplió. Sin embargo, mientras veía a mis compañeros sufrir con los interrogatorios siempre irónicos del Dr. Barahona, descubrí que se me iba abriendo un mundo de posibilidades nuevas. Literalmente una *aletheia*, en cuanto a la forma de aproximarse a lo desconocido y, a su vez, en el desarrollo de un lenguaje capaz de traducir esa aproximación en una forma comprensible para un tercero. A ese respecto, recuerdo la exigencia del Dr. Barahona de que nuestras descripciones resultaran claras para "alguien que está en la pieza del lado".

El anecdotario de esos años, recogido por mi curso y otros cursos de la escuela, es sumamente nutrido. Podrían llenarse muchas páginas con el relato de situaciones tragicómicas y de frases muy significativas en cuanto a su profundidad y verdad. Pero volviendo al terreno personal, además de aprender a pensar y a expresarme mejor, con todo lo que eso implica para el desarrollo de una actitud científica, durante el curso de anatomía patológica recogí un concepto que me dimensionó el verdadero significado de las ciencias. Eso se produjo en un comentario al pasar del Dr. Barahona, un día en el que, señalando una balanza mecánica, muy simple y antigua, con la cual se pesaban los órganos, manifestó que ese instrumento bastaba para cumplir adecuadamente la tarea para la cual era utilizado, con lo que se demostraba, una vez más, que en Medicina no era necesario tener siempre la tecnología más avanzada para hacer las cosas bien y agregó: "hay gente que cree que la buena investigación depende de los instrumentos que uno usa. Eso es mentira, en las ciencias lo más importantes son las ideas". Esa frase se me grabó porque, hasta ese momento, concebía a la ciencia como una actividad exploratoria mediante el uso de diversos instrumentos complejos y, por lo tanto, limitada a lo que éstos permitieran descubrir. A partir de la frase mencionada comencé a comprender que el gran motor de la ciencia es la ideación del científico y que los grandes saltos conceptuales surgen de vuelos de la imaginación y de la lógica deductiva, concepto que es obvio para cualquier científico de calidad, pero que para un investigador en potencia era muy novedoso.

Años después, como un homenaje a ese pensamiento, envié a publicación un trabajo en el cual presentaba, como únicos datos para respaldar mis conclusiones, pesos maternos y de recién nacidos de ratas sometidas a una restricción calórica o alimentadas en forma normal du-

rante la gestación. Esos resultados demostraban que la restricción calórica provocaba retardo de crecimiento fetal sin que la madre estuviera en un estado de enflaquecimiento extremo, hecho que contradecía la hipótesis, en esa época aceptada por todos, que el feto era un parásito materno. Tal como esperaba, el trabajo fue rechazado porque, según argumentaba uno de los revisores, para descartar una hipótesis por tanto tiempo aceptada era necesario presentar evidencias más "sofisticadas" que el mero peso materno y fetal. Posteriormente logré convencer a la comunidad científica que mis observaciones y conclusiones eran válidas mediante estudios de transporte placentario, pero esa experiencia me ha servido para que yo, a mi vez, formara a la gente joven que ha hecho investigación conmigo en el concepto de que la ciencia es un campo de ideas y no de instrumentos y técnicas.

En uno de mis viajes a Chile, poco antes de su muerte, visité al Dr. Barahona para contarle de mi carrera como investigador y de los reconocimientos que estaba recibiendo mi trabajo y agradecerle la influencia formativa que había tenido su curso y, particularmente, su enseñanza de la observación, la sistematización y el uso del lenguaje. Me lo agradeció visiblemente emocionado. Yo no había sido un alumno destacado. Era evidente que sólo se acordaba de mi porque mi curso tenía 17 alumnos y lo complació enormemente informarse que uno de ellos, pese a su rendimiento académico promedio, se desenvolvía sin problemas en la Universidad de Columbia y que, además, le agradecía la muy positiva influencia que él había tenido en su formación. Me recordó que ese tipo de reconocimientos no es frecuente y, al despedirnos, con su típico humor, me dijo: "Si la próxima vez que vienes a Chile todavía estoy vivo, me encantaría que volvieras a visitarme". Desgraciadamente, ese deseo no pudo cumplirse.

He relatado esta historia personal como un homenaje al Dr. Barahona y a sus destacados discípulos pero, también, porque en ella percibo ciertos elementos análogos a los que la anatomía patológica aportó a la Medicina clínica. Básicamente, una nueva conceptualización que permitió vincular a la Medicina con el campo de las ciencias.

Claude Bernard, en su libro sobre la Medicina experimental, refiere que Laplace, el gran matemático y astrónomo, presentó en la Academia de Ciencias una moción para que se permitiera el ingreso de médicos a ese prestigioso organismo, fundamentando su iniciativa con la frase siguiente: "Para ubicar a los médicos entre

los sabios", es decir, entre los hombres de ciencia. Con esta proposición, rechazada por una gran mayoría de los académicos, Laplace no pretendía que se otorgara a los médicos un reconocimiento al que se habían hecho merecedores, sino sólo ayudarlos a que comprendieran el lenguaje de las ciencias y transformaran a la Medicina en algo más que un conocimiento conjetural plagado de mitos y supersticiones.

Según Laín Entralgo, la obra de Bichat parece una respuesta a esa proposición e invitación implícita de Laplace. En su obra "Anatomía General", publicada en 1801, el gran médico francés establece: "La Medicina ha sido rechazada durante mucho tiempo del seno de las ciencias exactas. Tendrá derecho, no obstante, a asociarse a ellas, por lo menos en lo tocante al diagnóstico de las enfermedades, cuando a la rigurosa observación (del enfermo) se haya unido el examen de las alteraciones que presentan sus órganos..." Por lo tanto, como propone Bichat en el mismo tratado: "la anatomía patológica debe tomar un nuevo auge...". Frase que desde nuestra perspectiva histórica resulta profética.

Concretamente, la consigna de Bichat era establecer una relación cierta entre la observación clínica y las lesiones que revela la necropsia. Para ese fin construyó una anatomía patológica cuya base elemental era el tejido, unidad en la cual residían las estructuras y funciones que hacían posible la vida y cuya alteración causaba las enfermedades. A partir de esta concepción genial, estableció una metódica de descripción para las lesiones encontradas y una sistematización de las mismas que, en lo fundamental, permanece invariable. De esa manera la anatomía patológica hacía posible el nacimiento de la Medicina clínica en su concepción actual y se acercaba, ella misma, a la culminación que representó la escuela de Virchow y el vuelco copernicano que éste dio no sólo a la anatomía patológica sino que a la biología, al demostrar que toda célula se origina de otra célula y que la enfermedad es una alteración de esta unidad fundamental.

Junto con reconocer el aporte fundamental de la anatomía patológica, es justo señalar la contribución de la Medicina clínica en el desarrollo de esa disciplina. Desde esa perspectiva, adquiere especial relieve la figura de Corvisart, quien impulsó la idea de una semiología orientada por la lesión orgánica y capaz de diagnosticar esa alteración *in vivo* mediante el reconocimiento de "los signos ciertos y síntomas constantes", camino en el que tuvo como grandes precursores a Lancisi, Albertini,

Boerhaave, Sénac y los médicos de la Escuela Vienesa.

Esa mirada hacia el siglo pasado pone de relieve los grandes cambios que ha experimentado la Medicina en el transcurso del presente siglo, especialmente en su segunda mitad, cuando el progreso tecnológico permitió ampliar a límites sorprendentes la capacidad de los médicos para visualizar el interior del cuerpo humano a través de la observación directa o de las imágenes generadas por isótopos radiactivos, el ultrasonido y la tomografía axial computada. Ese progreso, unido a otros avances de la exploración funcional, ha reducido en forma considerable el porcentaje de casos en los cuales el médico desconoce la localización y características básicas de la enfermedad que aqueja a su paciente. Por otra parte, el enorme avance que para la patología ha significado el aporte de la biología celular, también ha disminuido la importancia relativa que el solo conocimiento de las características morfológicas de una lesión puede aportar a la decisión terapéutica. Es así como en el campo de la oncología, por ejemplo, además de las características microscópicas de la célula tumoral, el médico desea conocer sus características genéticas, el perfil enzimático y la presencia de ciertos receptores, información que no puede aportarle la anatomía patológica tradicional. Nos encontramos, en consecuencia, en los inicios de una nueva fase en el desarrollo de la disciplina,

en la cual el anatomopatólogo deberá incorporar a su quehacer tradicional el conocimiento de las técnicas y conceptos que surgen de la biología molecular, hecho que ya está ocurriendo en nuestro departamento de anatomía patológica. Las nuevas posibilidades que promete ese cambio sólo podemos vislumbrarlas, pero aparecen enormemente promisorias en cuanto a una mejor comprensión de los mecanismos patogénicos y, en consecuencia, hacia una creciente eficacia de la Medicina en la resolución de problemas. Ese nuevo espacio que gana la patología no hace más que fortalecer su presencia indispensable en la Medicina clínica y en la nueva era que ésta inicia, en la cual el diagnóstico genético y la terapia génica se proyectan como grandes campos de futuro crecimiento.

Con esa mirada hacia el futuro y las tareas que él nos plantea, quisiera terminar reiterando nuestro aprecio y agradecimiento al Departamento de Anatomía Patológica por la importante y hermosa tarea que ha desarrollado y manifestándole mis mejores deseos para que los próximos 50 años de existencia sean igualmente fructíferos en su búsqueda constante de la verdad que han caracterizado al medio siglo que hoy, con tanta alegría, celebramos. En el idioma de las antiguas academias: que nuestro Departamento de Anatomía Patológica *vivat, crescat et floreat*.

Muchas gracias.



# Reseña histórica del Departamento de Anatomía Patológica en su cincuentenario

**Dr. Ignacio Duarte G. de C.**

*Profesor Titular y Jefe del Departamento de Anatomía Patológica de la  
Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile.  
Otros datos biográficos, ver en REMUC 4/86, p. 114.*



Con motivo del quincuagésimo aniversario del Departamento de Anatomía Patológica, que celebramos con alegría y orgullo, considero pertinente hacer una reseña de su trayectoria.

La mayoría de los datos acerca de los primeros años del Departamento están tomados del artículo "Anatomía Patológica", escrito por el Dr. Roberto Barahona en el libro del "Cincuentenario de la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile" (Santiago, 1980).

Nuestra Facultad de Medicina se creó en junio de 1929, bajo el rectorado de don Carlos

Casanueva, por decreto del Arzobispo de Santiago, Monseñor Crescente Errázuriz. Las clases de primer año comenzaron oficialmente en abril de 1930; al año siguiente se iniciaron las cátedras del segundo año de la carrera. Los alumnos que aprobaban el segundo año continuaban después sus estudios de Medicina en la Universidad de Chile.

El tercer año de Medicina de la Universidad Católica sólo vino a inaugurarse en 1942. Se creó un curso de Patología General sobre la base de la patología morfológica y, en forma paralela, un curso de patología funcional o de

fisiopatología. El profesor de Patología General fue el Dr. Ismael Mena Rivera, entonces jefe del Servicio de Anatomía Patológica del Hospital Salvador y quizás la figura de mayor prestigio de la anatomía patológica nacional. Las clases se hacían en el Hospital del Salvador, con material macroscópico del mismo hospital. Las inclusiones para la sección de histopatología del curso se seleccionaron del archivo del Hospital del Salvador.

El doctor Mena exponía en forma sistemática los contenidos teóricos del curso. Sin embargo, su enseñanza se centraba en la presentación y análisis de una pieza anatómica, que los alumnos debían describir en forma lo más exacta y ordenada posible, discutiendo con el profesor sobre el significado de las alteraciones observadas a la luz de los conocimientos teóricos. Paralelamente, el Dr. Roberto Barahona era el encargado de la parte histopatológica del curso, adiestraba a los estudiantes en el reconocimiento del órgano normal, de las alteraciones fundamentales y de la interpretación de los diversos procesos patológicos generales hasta llegar a un diagnóstico. Esta enseñanza se efectuaba mediante proyección de las preparaciones, seguida del estudio personal de los alumnos en el microscopio.

En 1943 se dictó el primer curso de Anatomía Patológica Especial a los alumnos de cuarto año, por los mismos docentes y con el mismo sistema.

Debido a la renuncia del Dr. Mena en 1945, el Dr. Roberto Barahona fue nombrado profesor de los cursos de Patología General y de Anatomía Patológica Especial. Al mismo tiempo se dedicó a la organización del Servicio de Anatomía Patológica de nuestro Hospital Clínico. El hecho de que existiera una cátedra y un servicio asistencial, con autopsias y biopsias de pacientes del Hospital de la Universidad Católica, lo consideramos como el nacimiento de una organización académica equivalente de lo que actualmente se concibe como Departamento universitario.

Los recursos iniciales fueron escasos: con algún material improvisado se comenzaron a realizar las primeras autopsias regulares. Con este objeto se contrató a un estudiante de Medicina, el señor Italo Caorsi, a quien se le pagaban cien pesos por necropsia. Una vez recibido de médico, el doctor Caorsi fue reemplazado por otro estudiante de 5° año de Medicina, el señor Luis Silva, a quien sucedió después el doctor Martín Etchart.

En 1955 el Congreso Nacional aprobó una ley que otorgó autonomía docente a las escuelas

de Medicina. En ese momento, nuestra Facultad decidió extender sus estudios a la totalidad de la carrera de Medicina. Dentro de dicho programa, resolvió crear un Departamento de Anatomía Patológica con personal estable y de jornada completa. El Dr. Barahona aceptó el cargo, renunciando a su modalidad de trabajo en el Hospital del Salvador. Se incorporó también con un cargo de planta el Dr. Martín Etchart.

El Dr. Barahona ejerció la jefatura del Departamento hasta 1978, contando en las labores administrativas con la colaboración sucesiva de los doctores Martín Etchart, Jaime Rodríguez y Benedicto Chuaqui. En 1978 asumió la jefatura del Departamento el Dr. Benedicto Chuaqui, quien la ejerció hasta 1992, formando equipo con el Dr. Helmar Rosenberg como jefe de Servicio. Por último, en 1992 fui designado jefe de Departamento por el señor Decano de la Facultad, Dr. Pedro Rosso.

Recordemos que, por su parte, en 1967 el Dr. Alfredo Pérez Sánchez, profesor de Obstetricia y Ginecología de nuestra Escuela de Medicina, organizó el Laboratorio de Citología de su Departamento. Había apreciado la necesidad de disponer del examen de Papanicolau para la detección de la neoplasia cervicouterina, cuya aplicación y ventajas había aprendido en Estados Unidos con el Dr. John Frost.

A partir de 1971 comenzó una sólida relación de trabajo conjunto entre el Laboratorio de Citología y el Departamento de Anatomía Patológica. En 1980 el Laboratorio montó las técnicas de citología no ginecológica, con mi supervisión como patólogo.

En 1991 el Laboratorio de Citología quedó oficialmente incorporado al Departamento de Anatomía Patológica, manteniéndose la relación de colaboración y armonía que siempre existió entre los citólogos y patólogos.

Aunque las actividades de una unidad universitaria son múltiples, variadas e interdependientes, me permitiré analizar la trayectoria del Departamento, abstrayendo lo que considero sus tareas prioritarias: la enseñanza de pregrado, la formación de especialistas, el diagnóstico anatomopatológico del mejor nivel posible y la investigación.

## DOCENCIA DE PREGRADO

El Dr. Barahona continuó el sistema de enseñanza implantado por el doctor Ismael Mena. En los primeros años el apoyo del Servicio de Anatomía Patológica del Hospital del Salvador

siguió siendo vital para la docencia y para el procesamiento de material histopatológico.

Pronto el profesor incorporó a estudiantes de Medicina que ya habían hecho los cursos, para colaborar en la enseñanza de la parte de histopatología. Así llegaron a formar parte de los primeros cuerpos de instructores los señores José Barzelatto, Luis Silva, Salvador Vial, Alfonso Claps y otros. Ulteriormente participaron en la parte histopatológica los patólogos Luis Silva Risopatrón y Sergio Donoso Gatica.

Cuando se aumentó a 70 el número de alumnos por curso de Medicina, ya participaban regularmente en la docencia de pregrado todos los patólogos del Departamento.

Desde 1955 se concentró la enseñanza de la Patología Morfológica General y la Anatomía Patológica en el tercer año de la carrera. El doctor Barahona mantuvo la condición de profesor jefe de ambos cursos de pregrado y su actividad docente directa hasta pocos meses antes de fallecer en 1982. Desde el segundo semestre de 1982 hasta la fecha, el profesor jefe de la enseñanza de pregrado es el doctor Benedicto Chuaqui, quien ha continuado la escuela del doctor Barahona, como su genuino sucesor.

En el curso de cinco decenios, en que han pasado por los cursos de Patología más de 2.000 alumnos de tercer año, esta docencia ha demostrado una fisonomía propia, de la que deseo destacar tres caracteres:

1. La asignatura se imparte como un curso formativo de carácter preclínico; esta es la diferencia con la mayoría de los programas de otras escuelas, en donde la parte general se ha reducido y la especial se imparte como un complemento de los capítulos de Clínica Médica.
2. Las lesiones de la Anatomía Patológica Especial se conciben como manifestaciones particulares de unos pocos fenómenos patológicos fundamentales, organizados en una teoría que denominamos Patología General.
3. Se pone énfasis en el ejercicio, por parte del alumno, de la observación, descripción e interpretación, tanto a nivel macroscópico como microscópico, como instancias de aplicación del lenguaje correcto, de una disciplina en el razonar y de relacionar los aspectos teóricos con los prácticos. En este sentido hemos continuado la escuela del Dr. Barahona, quien, a su vez, se inspiró en el ejemplo del Dr. Mena. Esta actividad está actualmente amenazada por la dramática disminución de las necropsias, fenómeno mundial que también se hace sentir en nuestro medio.

4. Se ha hecho tradicional que los docentes vieran su experiencia académica y asistencial en textos de estudio para el pregrado.

Tal vez el texto de patología que comparativamente ha tenido mayor resonancia en nuestro país es la "Patología General" del doctor Roberto Barahona, con la aportación del Dr. Luis Vargas en los capítulos de fisiopatología general. La primera edición de este texto data de 1954 y representa el ordenamiento, corrección y ampliación de las notas tomadas en clases por los alumnos. Este volumen sirvió de guía durante aproximadamente 20 años a generaciones de estudiantes de Medicina, excediendo los límites de esta Facultad. Siguió los tomos de anatomía patológica de aparato circulatorio, respiratorio, urinario y digestivo, de Roberto Barahona, fechados en 1957.

En 1976 la Editorial Andrés Bello publicó el primer fascículo de "Lecciones de Patología General" de Roberto Barahona; en la introducción del libro, el autor agradece la colaboración de Benedicto Chuaqui, quien concibió y redactó el texto de una parte de las paratofias, y de Ignacio Duarte por lo referente a la patología de los pigmentos hemoglobinógenos. El segundo fascículo, sobre trastornos circulatorios locales, apareció en 1978. El Dr. Barahona no alcanzó a terminar sus "Lecciones de Patología General", aunque escribió numerosos borradores del capítulo de inflamación.

En 1992, bajo el alero de las Ediciones Universidad Católica de Chile, se editó el "Manual de Patología General", cuyos autores Benedicto Chuaqui, Ignacio Duarte, Sergio González, David Oddó y Helmar Rosenberg, dedican el libro "A la memoria de nuestro maestro, el profesor Roberto Barahona".

## FORMACION DE ESPECIALISTAS

La formación de especialistas en nuestro Departamento es continuación de una especie de genealogía, iniciada por el patólogo alemán Dr. Max Westenhoffer, antiguo alumno de Virchow, profesor de la Universidad de Berlín y creador del Instituto de Anatomía Patológica del Hospital del Salvador. El doctor Westenhoffer formó al doctor Ismael Mena, quien, a su vez, formó en el Hospital del Salvador a la generación a la que pertenecen los doctores Miguel Ossandón, Roberto Barahona y Sergio Donoso. Años después, el Dr. Luis Silva, discípulo del Dr. Barahona, formó en el Hospital del Salvador al Dr. Benedicto Chuaqui.

Entre los objetivos que se propuso el Dr. Barahona al crear el Departamento de la Universidad Católica destaca la formación de nuevos especialistas. En un primer período, que abarca desde 1948 hasta 1962, en nuestro Hospital se formaron seis anatomopatólogos, los doctores Italo Caorsi, Luis Silva, Martín Etchart Kaempfer, Mamerto Gorena, Rodolfo Céspedes y Jaime Rodríguez.

En un segundo período, desde 1962 hasta 1976, se formaron diez patólogos: Helmar Rosenberg, Héctor Croxatto, Alfonso Escribano, José Parraguez, Alfredo Zamora, Luis Carrasco, Luis Norambuena, Ignacio Duarte, Martha Pruyas y Víctor Robertson. La mayoría de ellos respaldados por contratos de especialidad, en falencia, del Servicio Nacional de Salud.

En el tercer período, que abarca desde 1976 hasta 1994, se han formado 27 patólogos: Virginia Leiva, Edith Claro, Ana María Carrasco, Elsa Olave, Sergio González, Carlos Barría, Alejandra Henríquez, María Eugenia Casanova, José Schalper, Roberto Espinosa, David Oddó, Jorge Ortíz, Juan Carlos Araya, Leonardo Arellano, Iván Roa, Alicia Benavides, Herbert Domke, Patricio Le Cerf, Martín Etchart Cruz, Iván Wistuba, María Teresa Vial, Bernardo Morales, Miguel Villaseca, Juan Carlos Garcés, Rodrigo Chuaqui y Gilda Lezana. La mayoría de estos becarios fueron financiados por el Ministerio de Salud, en el marco de un Programa Nacional de Formación de Médicos Anatomopatólogos. Los patólogos gestores de dicho Programa fueron los doctores Roberto Barahona y José Parraguez.

A partir de 1990 nuestros becarios son alumnos de un programa oficial de postítulo que conduce al título de Especialista en Anatomía Patológica, otorgado por la Pontificia Universidad Católica de Chile.

En la labor de adiestramiento de nuevas generaciones de patólogos, los académicos del Departamento no hemos estado solos:

Durante muchos años contamos con la cooperación del doctor Juan José Latorre, jefe del Servicio de Anatomía Patológica del Hospital Calvo Mackenna, quien, junto con la doctora Alejandra Henríquez acogían con mucho afecto a los becarios durante su paso por ese Hospital, y les mostraban un enfoque del actuar del patólogo que sin duda les abrió nuevas perspectivas.

En la actualidad, los becarios desarrollan algunas actividades formativas en los servicios de Anatomía Patológica del Hospital Sótero del Río, de la Posta Central y del Instituto Caupolicán Pardo Correa. Agradecemos a sus miem-

bros, en particular a sus respectivos jefes, doctores Martha Pruyas, María Eugenia Casanova y David Oddó, por su valiosa contribución a nuestra docencia de postítulo.

Constituye un orgullo para nuestro Departamento el haber formado cuarenta y tres patólogos, treinta y siete chilenos y seis extranjeros, que se han desempeñado con brillo en diversos servicios de Anatomía Patológica, muchos de los cuales han sido creados o reorganizados por ellos mismos. Patólogos formados en este Departamento han sido profesores de Anatomía Patológica en ocho universidades: cinco de Chile, dos de Bolivia y una de Costa Rica.

## INVESTIGACION

Desde la fundación del Departamento, cumpliendo también un objetivo formulado por el Dr. Barahona, se realizaron trabajos de investigación. El primer artículo publicado en Chile, de Roberto Barahona, con el título "Estudio anatomopatológico del cáncer de recto", apareció en el número de marzo de 1946 de los *Archivos de la Sociedad de Cirujanos de Hospital*. Presenta la experiencia adquirida en el Instituto de Anatomía Patológica del Hospital del Salvador, de donde proceden las fotografías, y en el Departamento de Anatomía Patológica de la Universidad Católica.

En julio de 1947 se publicó el primer artículo en una revista internacional: "Vascularización de las válvulas cardíacas: Frecuencia e interpretación", de Roberto Barahona y Mamerto Gorena, en la *Revista Sudamericana de Morfología*; nuevamente se indican como centros de origen el Instituto de Anatomía Patológica del Hospital del Salvador y el Departamento de Anatomía Patológica de la Universidad Católica. Los autores, en cuarenta y tres corazones aparentemente normales con vascularización de los vellos valvulares, comprobaron estigmas reumáticos en el miocardio. Concluyeron que la presencia de vasos en las válvulas cardíacas aparentemente sanas es de carácter patológico y de naturaleza reumática.

Según nuestros registros, el primer trabajo publicado en otro idioma con primer autor de nuestro Departamento es uno en alemán sobre Adamantinoma del cúbito, de los doctores Etchart, Viviani y Behm, publicado en 1961 en la revista *Progresos en Radiología y Medicina Nuclear*.

El primer trabajo hecho en el Departamento y publicado en inglés, en el año 1973, en la

revista *Circulation*, comunica las observaciones del doctor Helmar Rosenberg sobre dos lactantes de Antofagasta que fallecieron de infarto miocárdico. La autopsia demostró una lesión oclusiva de arterias medianas y pequeñas, generalizada, asincrónica. Se discute la patogenia y su posible relación con arsenicismo.

Un ejemplo de la evolución de una línea que se inició con el examen de corazones malformados, luego con una modesta estadística de las malformaciones cardíacas, para más tarde ahondar en problemas morfogenéticos en múltiples trabajos publicados en revistas especializadas, es el capítulo sobre "Malformaciones del corazón y de los grandes vasos", escrito por el Dr. Benedicto Chuaqui, con la colaboración de la doctora Odette Farrú. Este capítulo aparece en el volumen 22/I de la monumental obra *Anatomía Patológica Especial*, editada por Doerr, Seifert y Uehlinger, publicado en 1993. Consta de 282 páginas, 98 figuras y 1.445 referencias bibliográficas.

Como hemos visto, la investigación en el Departamento nace de la observación cuidadosa del material de rutina de autopsias y biopsias, seguida de su recolección ordenada. Ella, con el tiempo, ha dado origen al planteamiento de problemas, en particular patogénéticos, que se han constituido en ejes de líneas de investigación. Estas se desarrollan ya sea con métodos tradicionales de la especialidad, o bien mediante la aplicación de tecnología moderna. Actualmente, el Departamento está representado en un promedio de treinta trabajos anuales publicados en libros o en revistas con comité editorial, nacionales y del extranjero. Las líneas activas son: glomerulopatías, patogenia de la neoplasia digestiva, patogenia de la neoplasia epidérmica y patología de las infecciones oportunistas.

## DIAGNOSTICO ANATOMOPATOLOGICO

El diagnóstico anatomopatológico del mejor nivel posible en autopsias, biopsias y exámenes citológicos es el objetivo asistencial del Departamento, y una base indispensable para la docencia y la investigación.

La primera autopsia del Hospital Clínico lleva el número 1-45 y la firma del doctor Barahona; en el protocolo no figura la fecha ni los diagnósticos clínicos; se indica que no se recibieron antecedentes. Se trataba de una mujer cuyo diagnóstico anatomopatológico principal fue

"Cirrosis hepática macronodular, ascitígena, icterígena". La autopsia 2-45 fue practicada al cadáver de un paciente fallecido el 21 de marzo de 1945; está firmada por Italo Caorsi.

La necropsia continúa siendo indispensable para el aprendizaje y comprensión de los fundamentos de la patología general, tanto en las demostraciones del curso de pregrado, como para la formación de nuevos patólogos. En nuestro Hospital ha sido también un complemento importante de la enseñanza clínica y de la educación continua, particularmente en las reuniones anatomoclínicas semanales de Medicina Interna, que, ininterrumpidamente, se vienen realizando en el año académico durante al menos 35 años.

La primera biopsia lleva el número 501, debido a que anteriormente se procesaban e informaban en el Hospital del Salvador. El informe aparece escrito de puño y letra del Dr. Barahona. Se trata de un hematosálpinx en organización, enviado por el doctor Alfonso Ovalle; no figura la fecha. En la biopsia 503 aparece la fecha: 24 de marzo de 1945.

El diagnóstico anatomopatológico del mejor nivel posible requiere de algunos elementos que en el curso de los años se han ido reuniendo y evolucionando en nuestro Departamento. Entre ellos quiero mencionar los siguientes:

1. Trabajo en equipo de los médicos que, de acuerdo con la política de la institución, son patólogos generales que además tienen un campo de especialización.
2. Una biblioteca de la especialidad con libros y revistas que posibiliten el estudio y la consulta rápida. Disponemos de aproximadamente 1.500 libros y 15 suscripciones vigentes a revistas de Patología.
3. Incorporación de técnicas de apoyo para el diagnóstico morfológico. En 1957 se montó la fotografía de piezas y lesiones.

En 1971 se iniciaron las técnicas de microscopía electrónica para biopsias especialmente renales, que el Dr. Rosenberg estudiaba en el microscopio electrónico del Instituto de Ciencias Biológicas. En 1976 las técnicas de inmunohistoquímica directas. En 1985 el diagnóstico con microscopio electrónico del Departamento, donado por la Fundación Humboldt. En 1986 las técnicas histoquímicas y enzimológicas para biopsia de músculo. En 1989 se inició la aplicación de la inmunohistoquímica indirecta al diagnóstico, la que se ha convertido hoy en un método de rutina, con el empleo de un conjunto de más de 100 antisueros. En 1992 se incorporó la hibridación *in situ* y en 1994 el método de Southern Blot.

Un ejemplo del trabajo ordenado, del diagnóstico preciso y de la colaboración entre médicos de distintas especialidades es el Registro Nacional de Tumores Oseos, creado en 1962 por la Sociedad Chilena de Ortopedia y Traumatología, con sede en nuestro hospital. La metódica recolección de casos enviados desde distintos hospitales y ciudades permitió al trío formado por los doctores Juan Fortune, traumatólogo; Fernán Díaz, radiólogo, y Martín Etchart Kaempfer, patólogo, crear una experiencia y en constituirse en una instancia de formación para médicos, en particular becarios, de las tres especialidades.

Hoy, en gran medida como fruto de la misma actividad docente de los miembros del Registro, en distintos centros se han formado equipos autosuficientes de especialistas. Como consecuencia, ya no tiene cobertura nacional y recibe principalmente casos que plantean problemas especiales de diagnóstico.

En estos cincuenta años de vida del Departamento se ha trabajado arduamente y se han ido obteniendo logros en docencia, asistencia e investigación. Sin embargo, esta labor no habría sido posible sin la contribución constante y entusiasta del personal auxiliar, técnico y de se-

cretaría. Desde 1964, año en que se contrató al primer tecnólogo médico de planta, la señora Coralie Wehrhahn, los tecnólogos médicos han formado un equipo, actualmente de seis profesionales, que cubre eficazmente las labores de rutina, el montaje de nuevos métodos y la ejecución de trabajos de investigación. Los médicos becarios, durante su estadía de tres años, son acogidos cordialmente y se integran a la vida del Departamento.

Los actuales miembros del Departamento de Anatomía Patológica de la Pontificia Universidad Católica agradecemos la inspiración, las enseñanzas y la herencia recibida de las personas que nos precedieron, las que han sido mencionadas más arriba. Además, valoramos con afecto el apoyo que las autoridades de la Facultad, los antiguos docentes de nuestra cátedra, patólogos de varias generaciones formados en este Hospital y amigos en general, nos han brindado al adherirse a esta celebración.

Aspiramos a formar un grupo cada vez más eficiente y armónico, procurando avanzar en nuestra misión específica y centrar nuestro actuar en el respeto a la dignidad de la persona humana y a la definición católica de nuestra querida institución.

# Formación del Servicio de Anatomía Patológica de la Pontificia Universidad Católica de Chile

**Dr. Italo Caorsi Ch.**

*Estudios médicos en la Pontificia Universidad Católica de Chile, Título de Médico-Cirujano en la Universidad de Chile (1947). Profesor de Patología General y de Anatomía Patológica Especial en la Escuela de Medicina de la Universidad Austral de Chile (1968-hasta la fecha). Director del Instituto de Histología y de Patología (1975-1987). Decano de las Facultades de Estudios Generales (1960-1962) y de Medicina (1962-1968) de la Universidad Austral de Chile. Fundador de las Escuelas de Tecnología Médica, de Enfermería y de Obstetricia y de Medicina de dicha Universidad.*



**A**l evocar el inicio de las actividades de servicio del Departamento de Anatomía Patológica de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile, surgen de inmediato las vivencias de las circunstancias imperantes hace 50 años en el país y en la Universidad. Al mismo tiempo, aparece perfilada la trascendencia que en mi vida profesional y universitaria ha tenido mi vinculación con esta Facultad, particularmente con el Departamento de Anatomía Patológica.

En la década del 40 comienza en Chile un período de cambios políticos inspirados en ideo-

logías socialistas que conferían al Estado un papel activo directo en el desarrollo del país. En Medicina, se inician los cambios institucionales que darán origen, en el próximo decenio, al Servicio Nacional de Salud, mediante el cual se pretende que el Estado asuma la función de fomentar la salud y dar atención médica a la mayor parte de la población. A su vez, los médicos imbuidos en ideales de servicio social, aspiran a emplearse como funcionarios a tiempo completo en los servicios asistenciales públicos, sustrayéndose al ejercicio privado que era, tradicionalmente, la forma principal de ejercicio profesional.

En la enseñanza universitaria estas concepciones ideológicas favorecen el drástico ejercicio de las normas establecidas en el Estatuto Universitario. En dicha legislación, el Estado delegaba la tuición de la enseñanza superior a la Universidad de Chile, única institución con potestad para otorgar títulos profesionales. Las otras universidades existentes debían ceñirse, en las carreras que impartían, a los planes y programas de la Universidad de Chile. Los profesores de ésta controlaban el cumplimiento del precepto presidiendo la comisión examinadora en cada uno de los ramos. Como veremos, esta disposición fue crucial en el destino de este Departamento de Anatomía Patológica.

La Escuela de Medicina impartía, al comienzo del decenio, la enseñanza correspondiente sólo a los dos primeros años de la carrera, luego los alumnos debían incorporarse a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile. Al prolongarse la carrera en el año 1944 comienza también la enseñanza de Anatomía Patológica, designándose profesor al Dr. Ismael Mena Rivera. El Dr. Mena, discípulo dilecto del profesor Max Westenhöffer, había instalado, en el Hospital del Salvador, un moderno Servicio. Se incorporaron a dicho servicio tres distinguidos profesores de la Escuela de Medicina de la Universidad Católica. El Dr. Miguel Ossandón, profesor de Histología; el Dr. Roberto Barahona Silva, profesor de Biología, y el Dr. Sergio Donoso Gática, profesor asociado de Biología. Así se constituyó el grupo de patólogos que mayor importancia ha tenido en el desarrollo de la especialidad en Chile, tanto por la excelencia de su trabajo e investigación, como por los numerosos especialistas que formaron.

El Dr. Mena inició la enseñanza de la Patología, pero en la presentación a examen ante la comisión presidida por el profesor titular de la Universidad de Chile se produjo, con éste, un serio incidente por discrepancia en la calificación de los exámenes. Por tal motivo el Dr. Mena se vio obligado a renunciar a su cargo. En su reemplazo la Facultad designó al Dr. Roberto Barahona Silva.

Junto con asumir las tareas docentes el Dr. Barahona procedió a poner en marcha el Servicio de Anatomía Patológica del recién construido Hospital Clínico. En esta situación, me hizo llegar el ofrecimiento para que practicara las necropsias. Yo estaba comenzando mi internado. Había cursado los dos primeros años en esta Escuela; luego, junto con proseguir los estudios en la Universidad de Chile, había continuado vinculado a ella como ayudante de Histología.

El profesor de Histología, Dr. Miguel Ossandón, me invitaba a menudo al Servicio de Anatomía Patológica del Hospital del Salvador. Allí me inicié en la práctica de necropsias y observaciones histopatológicas, en un proceso de tanteo, sondeando la posibilidad de seguir la especialidad en el futuro. En estas circunstancias surgió la oferta del Dr. Barahona, la que tras algunas vacilaciones terminé aceptando. La Escuela de Medicina funcionaba entonces dentro de una rigurosa estrechez económica, inimaginable hoy día, que imponía el propio rector don Carlos Casanueva. Inicialmente se me asignó una remuneración por necropsia realizada; con posterioridad, al asumir funciones docentes, se me concedió un sueldo como ayudante.

El Servicio de Anatomía Patológica, ubicado en el subterráneo, era bastante incómodo. Las ampliaciones y modificaciones realizadas posteriormente lo han transformado substancialmente. Las escaleras al sótano daban a un pasillo central. Frente a ellas había tres piezas: la oficina del Dr. Barahona, con baño anexo, al medio la secretaria y al otro extremo el laboratorio. A la derecha, cerrando el pasillo, estaba la sala de necropsias; también a la derecha estaba la sala de recepción de muestras. El depósito de cadáveres estaba a continuación del laboratorio, en un cuarto con acceso al patio interior del hospital. Esta distribución obligaba el tránsito de cadáveres, de ida y vuelta, por el pasillo central, sorprendiendo ocasionalmente a las personas que acudían al servicio.

La sala de necropsias era muy fría en invierno; sin luz natural ya que las dos angostas ventanas de los muros laterales ubicadas a ras del suelo exterior debieron tapiarse, porque en varias ocasiones los deudos asomados a ellas provocaron escándalo. La ventilación era deficiente, no obstante haberse instalados extractores de aire. La mesa de necropsia de losa blanca, ubicada al centro, cercana a la puerta de entrada, era incómoda por lo angosta. En el espacio que daba al muro se construyó, después de algún tiempo, una gradería para clases o demostraciones a los estudiantes y para las reuniones anatómicas.

El personal era mínimo; primero hubo una secretaria laborante carente de preparación adecuada. Fue reemplazada por Sor Meinolfia, una amable religiosa perteneciente a la congregación que manejaba el Hospital; después se agregó una secretaria laborante muy eficiente. El primer asistente de necropsias fue el Sr. Venegas, empleado de servicio de la cátedra de Anatomía. Acudía de llamada cuando había



necropsia; no tenía la preparación y la destreza que exhibían los asistentes de necropsias del Hospital del Salvador. Después se contrató como funcionarios del Servicio a un emigrante polaco, don Nicolás, alto, enjuto, distinguido y respetuoso, el pobre señor era absolutamente inadecuado para la tarea; además no sabía castellano, a todo contestaba reiteradamente: Sí, señor doctor. Mientras permanecí en el Servicio no logró superar su deficiencia.

La dotación de equipos y mobiliario era modestísima. La primera estufa de inclusión fue una caja de madera con ampollitas para producir la temperatura de fusión de la parafina. Resulta ahora divertido recordar que el Dr. Barahona se daba a la tarea de manipular el número y voltaje de las ampollitas para conseguir el resultado más satisfactorio. No había procesador automático, sino una batería de frascos corrientes; los que correspondían a los alcoholes llevaban al fondo, para economizar el alcohol, una capa de sulfato de cobre.

No obstante la pobreza e incomodidades, el Servicio cumplía decorosamente sus funciones. Entre los años 45 y 47 se practicaron 118 necropsias de adultos. La patología predominante era: cirrosis hepática (16), tuberculosis pulmonar (15), valvulopatías crónicas (11), cáncer gástrico (10), endocarditis bacteriana (6), artritis sifilítica (5), tifoidea (5), neumonía (5), cáncer colorrectal (5). Algunos estudios necróticos dieron base a publicaciones en la Revista Médica de Chile. Con Fernan Díaz presentamos un caso de tumor de Pancoast, y con Ramón Ortúzar un caso de lupus eritematoso. Fueron las primeras publicaciones sobre dicha patología en Chile.

La vida cotidiana en el departamento, además de grata por la cordialidad del Dr. Barahona, era de enorme riqueza intelectual. Junto a la enseñanza de la especialidad había un ambiente propicio para el comentario y discusión sobre el quehacer universitario y para el perfeccionamiento cultural. La jornada comenzaba después de la cuatro de la tarde, hora de término de labores en el Hospital del Salvador. Luego de la recepción y despacho de biopsias, el Dr. Barahona revisaba los protocolos de necropsias, se discutía el caso y se formulaba el diagnóstico. Eran para mí los momentos de máximo aprendizaje. Vale la pena recordar que en el grupo del Hospital del Salvador predominaba la influencia de la Escuela de Patología alemana, el monumental Handbuch Henke-Lubarsch era la fuente de consulta final. El Kauffman era una especie de compendio de dicha obra. El

Aschoff, traducido al español, era texto de batalla, en tanto que el Ribbert-Hamperl era el texto guía de los estudiantes y el Borst servía a los principiantes en la especialidad para el entrenamiento descriptivo histopatológico. Sin embargo empezaba ya a imponerse la Patología norteamericana, destacándose en los textos la segregación entre la Patología interna y Patología quirúrgica. Esta última con su pragmatismo y nuevas concepciones diagnósticas fundamentadas en controles por seguimiento.

Al término de la tarde empezaban a llegar profesores, médicos o estudiantes a conversar con el Dr. Barahona de esto y de aquello. Entre los más asiduos recuerdo a los profesores Fernan Díaz, Hugo Salvestrini y Enrique Montero y a los estudiantes José Barzelatto y Juan de Dios Vial Correa. A veces se formaban pequeños grupos de discusión sobre problemas universitarios que eran altamente educativos.

Por último, y debo excusarme por ello, quiero reseñar en esta oportunidad la trascendencia que ha tenido para mí esta Facultad, como alumno, como ayudante de Histología y Anatomía Patológica y como tesista de Neurofisiología. Porque tuve la singular fortuna de hacer mi tesis para optar al título de Médico Cirujano bajo la dirección de Joaquín Luco.

Durante la permanencia en la Facultad tuve la oportunidad de presenciar la incorporación de la investigación científica como actividad central de la Universidad. Los profesores, docentes por hora de clase, fueron reemplazados, primero en Fisiología y luego en otras cátedras por profesores a jornada completa, dedicados especialmente a la investigación. Así las cátedras fueron sustituidas paulatinamente por Departamentos, constituidos por equipos de trabajo. Por lo tanto vi realizarse los postulados de la Universidad moderna tal como fueran planteados por un grupo de filósofos alemanes, encabezados por Wilhelm von Humboldt, a propósito de la creación de la Universidad de Berlín. Postulados que fueron más tarde formulados con tanta claridad y elegancia por Karl Jaspers en la idea de la Universidad.

En paréntesis, es desconcertante ver cómo esos Departamentos se segregaron de la Facultad de Medicina para dar origen a una peculiar Facultad de Ciencias que tiene sólo Ciencias Biomédicas.

De esta manera surgió en mí la creencia viva en que la docencia y la investigación deben convivir complementándose, en las unidades académicas. Que los departamentos de Anatomía Patológica deben cumplir las funciones de ser-

vicio, docencia e investigación con igual entusiasmo. En cuanto a la investigación, ésta no debe tener límites metodológicos; es por ello que junto a la Anatomía Patológica de Virchow debe estar la Patología experimental de Conheim. Más aún ahora, que las barreras de lo morfológico y funcional se han esfumado y que el afán de desentrañar la naturaleza de la

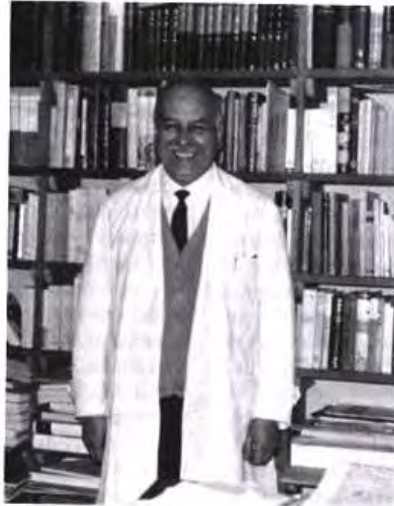
enfermedad nos está llevando a un fructífero reduccionismo con la naciente Patología molecular.

Con esto último he querido testimoniar que aquí en esta Facultad se plasmaron las ideas ideales y proyectos que después intenté desarrollar en mi vida profesional y universitaria. En otras palabras, esta ha sido mi Alma Mater.

# El legado del Profesor Barahona

**Dr. Luis Silva Risopatrón**

*Estudios médicos en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Título de Médico-Cirujano en la Universidad de Chile (1952). Profesor Titular de Patología General y de Anatomía Patológica en las Escuelas de Medicina y de Enfermería de la Universidad de Valparaíso. Jefe de los Servicios de Anatomía Patológica del Hospital Deformes (1961-1987) y del Hospital Valparaíso (1987-hasta la fecha). Creador y primer Director de la Dirección de Investigación Científica y Tecnológica de la Universidad Católica de Valparaíso y de la Universidad de Valparaíso.*



**D**ijo el poeta: "Soñé que la vida era alegría, desperté y vi que era servicio, viví y comprendí que en el servicio está la alegría" (Rabindranath Tagore).

Nos han solicitado una exposición en torno al tema "El legado del profesor Barahona", con referencia a los primeros años de vida de su obra. Lo hacemos con mucho gusto..., rectificamos, con mucho amor. El profesor Barahona fue hombre de controversia, sólo se le amaba o no se le quería; no cabían ni la indiferencia ni los términos medios.

Dos, creemos, son las ideas matrices de su

legado: la vida como servicio y la pasión-avasalladora con que ejerció su ministerio, la pasión de quien encuentra la alegría en el servicio.

No repetiremos lo que ya se ha dicho o escrito sobre su persona, respecto de los múltiples atributos con que la Providencia Divina le adornó. Debemos, sí, afirmar como corolario que fue un ser privilegiado. Incluimos, por cierto, en esos dones no sólo sus caracteres individuales, sino también el ambiente intelectual, moral y social que le rodeó desde pequeño. Por lo mismo, debemos reconocer que en esas cuali-

dades y atributos él no tuvo mérito, fue su receptor.

Gracias a la facultad del libre arbitrio es que cada uno de nosotros podrá usar sus dones de un modo u otro. Cuántos hay que los usan para su propio beneficio, gozando el amor a la propia persona, adornándose con un brillo que pueda, entre otras cosas, en alguna forma, beneficiar a los demás, o no hacerlo.

El artista encuentra la felicidad entregándose a su arte. El intelectual goza cada vez que logra sacar a luz un grano de arena de la verdad científica. El arte y la ciencia, por cierto, sirven a los demás, aun cuando ello no sea lo buscado por el autor.

Peor aun, el privilegiado en su arte o intelecto, muchas veces utiliza sus dones para alimentar bajas pasiones. Busca la posesión de bienes materiales o busca el poder social. Instrumentaliza sus dones para alimentar su vanidad. Conocido es el caso, como un botón de muestra, de aquel famosísimo artista que en cierta ocasión confesara cínicamente que él realizaba obras que consideraba antiestéticas, sólo porque eso se vendía.

Imaginemos por un instante al profesor Barahona con esa extraordinaria inteligencia, con su vastísima cultura, con el ingenio agudísimo que le caracterizaba, como un famoso político, con poder sobre multitudes, o como un médico de vastísima clientela, ganando fortunas, o como un científico internacionalmente reconocido y alabado más por su prestigio que por su calidad. Quienes le conocimos sabemos que le sobraba capacidad como para lograr cualquiera de esas metas.

El profesor Barahona vivió austeramente. Los jóvenes nos fijábamos mucho en los signos de opulencia de los demás, algunos con envidia, otros no. El automóvil ciertamente era un indicador. El del profesor Barahona se destacaba por ser el más viejo, pequeño y mal pintado de todos los de los profesores. Cuando le visitábamos en su casa podíamos apreciar que vivía con gran modestia. Una joya se destacaba: su biblioteca, no demasiado rica tampoco.

Más de alguien le ha criticado no exhibir una alta cantidad en sus publicaciones, lo cual también es una forma de engalanarse. Por cierto, nadie podría criticar su calidad.

En la universidad, en el Servicio de Salud, en el Colegio Médico sirvió con entusiasmo. Participó de la misma forma en asociaciones académicas. Ejerció cargos en varias de ellas, inclusive presidencias y decanato, lo que significaba algún grado de autoridad. La ejerció con mesu-

ra, y declinó rápidamente, cada vez que sus proyectos no lograban consenso de sus pares, o que consideraba cumplida su misión.

Recuerdo que cuando jubiló a la Cátedra de Patología General y Anatomía Patológica de la Universidad de Chile el profesor Croizet, se le ofreció con insistencia que lo sucediera. Nosotros, incluso, le pedíamos que aceptara, argumentando que tendría con ello opción de multiplicar su campo de docencia de pregrado y la de postgrado, que tanto deseaba organizar. Por cierto, cualquiera que deseara el poder, con mucho menos razones, habría aceptado. El argumentaba que estaba comprometido con su proyecto de la Universidad Católica, al cual, al abarcar más, no podría dedicarle todo su esfuerzo. Era evidentemente mucho mayor su sentimiento de lealtad hacia la institución que servía que cualquiera ambición personal de poder.

El poder, la riqueza y la fama, las grandes aspiraciones de la mayoría de los hombres, no fueron jamás incentivo para el profesor Barahona. El buscó con enorme pasión el camino del trabajo intenso, entusiasta, exigente, productivo, pero silencioso. Buscó mejorar el nivel de atención al ser que sufre, desde las bases mismas de la generación del médico. Este debía ser no sólo un clínico práctico, sino debía tener una concepción científica de la enfermedad. Después de seis años de incursión en la Medicina clínica, encontró su camino en la base de la misma, la patología morfológica, que, por otra parte, era una de las disciplinas tal vez menos apreciadas en su época, pero que consideró la clave para lograr el propósito de elevar el nivel de la Medicina chilena. Y eso comprendía la docencia para los futuros clínicos y la especialización para futuros patólogos.

Acometió, pues, el gran proyecto de su vida. El servicio a la comunidad a través de la docencia y de la asistencia hospitalaria también como función docente. No propiciaba una ciencia rigurosa pero rígida como "Torre de Marfil", ni tampoco el laboratorio de apoyo diagnóstico histológico, bioquímico y hematológico, como se concibe en otras latitudes. Se debía crear una conciencia solidaria anatomoclínica para que, de un concierto entre médicos tratantes y anatomopatólogos, surgiera un concepto holístico de la enfermedad, y, por lo tanto, de cada caso, con las contingencias peculiares que presentara. Se debía, pues, a través de las autopsias e historias clínicas, llegar a identificar, en cada caso, la enfermedad de fondo, las patologías derivadas, la relevancia de las concomitantes. Por cierto, muchas veces llegar a la enfermedad de fondo no era fácil.

A guisa de ejemplo: Un cirrótico que fallece con una tuberculosis, ¿es un antiguo alcohólico que hizo una enfermedad tuberculosa por la depresión del sistema inmune?, ¿o es un antiguo tuberculoso que se ha desnutrido y por esto ha hecho una cirrosis? Y, ¿por qué fue alcohólico?, o, ¿por qué tuberculoso?

Así, pues, según esta conciencia solidaria anatomo-clínica, el ejercicio de la práctica clínica debía basarse en el conocimiento de la Anatomía Patológica, de suerte que el clínico sintiera la necesidad de apoyo del patólogo y fuera aquél quien promoviera y alentara el desarrollo de la patología; y esto, por cierto, en un plano estrictamente científico. Por lo tanto, era menester una buena formación de la disciplina en el pregrado. Toda su vida estuvo el profesor entregado a esta docencia, la que cultivó con pasión en clases y reuniones. Muchas veces su pasión lo traicionó: tenía una agudeza y sentido crítico tan desarrollados que resultaba muy irónico y a veces quizá sarcástico en el énfasis que ponía en su enseñanza. Los estudiantes en clase y los médicos en reuniones se sintieron, pues, a menudo tocados en fibras sensibles. Esto generó dos reacciones negativas: temor en los estudiantes y resentimiento en los médicos. Es increíble la fuerza negativa que generó esta peculiaridad psicológica, quizás más que aquella intelectual: la exigencia misma o rigor científico. Los que conocimos al profesor, sabemos que no tenía ningún ánimo de ofender; sólo pretendía poner un énfasis que podía ser festivo a su enseñanza. Por cierto, lo que estaba en el tapete de la discusión no se olvidaba, pero la vanidad y el resentimiento característicos de nuestra idiosincrasia, creaban fuertes anticuerpos y el profesor se llenaba de enemigos sin saberlo. Debí afrontar duros combates y sufrir fuertes desencantos por ello.

Aun en el "apoyo diagnóstico" de la biopsia el profesor Barahona ponía énfasis en la enseñanza, por lo que propiciaba mucha minuciosidad, exactitud y espíritu crítico. No pocas veces el clínico no comprendió la buena intención de la crítica.

El segundo paso era, entonces, generar una masa crítica de patólogos con formación científica esmerada. Esta pléyade de patólogos trabajaría tan estrechamente vinculada a los clínicos que éstos acusarían el impacto en su formación como médicos tratantes, y en su dependencia para su labor de un buen nivel de desarrollo de la anatomía patológica. Serían, pues, los clínicos los más entusiastas promotores y en la medida de su posibilidad de decisión pasarían a ser

quienes fomentaran la idea en los más diversos ambientes y niveles jerárquicos.

La anatomía patológica debería ir delante de la clínica abriendo caminos y no detrás de ella comprobando óbitos.

Este plan lo ideó y lo realizó en torno a la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Sin embargo, el Hospital del Salvador se presentaba como una magnífica oportunidad de aprovechar su espléndido campo clínico. El Hospital de la Universidad Católica era pequeño y faltaban muchas especialidades. El Hospital del Salvador propiamente tal tenía más de 2.000 camas. Si contábamos, además, con sus vecinos inmediatos —el Hospital del Tórax y la Fundación López Pérez—, las posibilidades de campo clínico se multiplicaban enormemente. En alguna medida esto lo utilizaba, dada la doble militancia de algunos de nosotros en ambos hospitales. Pero al dejar por jubilación la jefatura del Servicio en el Hospital del Salvador el doctor Ismael Mena, este proyecto alcanzó toda su convergadura. El profesor Barahona asumió por concurso esta jefatura.

El material de estudio que se reunía era tan abundante que se realizaban dos reuniones diarias, una de macroscopia, la otra de microscopia, para discutir los casos más interesantes del día. A la sazón, entre el equipo de la Universidad Católica y el del Salvador se reunía un grupo de siete patólogos.

Las reuniones de microscopia de la tarde daban paso, después de su término, a coloquios informales que se prolongaban por horas. Se hablaba de todo: deportes, política, artes, literatura, historia, etc. Gozábamos aprendiendo, entre pensamientos profundos y jocosas salidas, tal vez más que en ninguna cátedra. Con mucha razón se ha dicho que el profesor Barahona fue más formador que informador.

Ya recordamos cómo el Profesor se fue ganando enemigos, y en este momento éstos se dejaron caer con todo su peso, "el peso de la noche" (al decir de Portales). Se desató una campaña terriblemente orquestada para sacar al profesor de este cargo, con el pretexto de resquicios legales. No dejó de sorprendernos el encono de tales enemigos, pero lo que no esperábamos y nos desilusionó profundamente fue el abandono de sus amigos. Y el poder de las tinieblas prevaleció y el profesor fue despojado de esta jefatura.

Por entonces el profesor Barahona seleccionaba de entre sus alumnos a los candidatos a adiestrarse en la especialidad. A la invitación algunos accedían a dedicarse a ella; otros, en

cambio, hacían una estadía temporal. En aquella época la Universidad exigía una tesis de título y no era raro que aspirantes a otras especialidades hicieran sus tesis en nuestro laboratorio. Recuerdo, por ejemplo, a un distinguido psiquiatra hacer su tesis sobre un tema histopatológico. También solían venir médicos de países latinoamericanos, atraídos por el prestigio del profesor Barahona, para adiestrarse en la disciplina. Había, pues, una población entre estable y flotante de unos diez médicos trabajando en la especialidad.

Hemos pretendido hacer un recuento histórico. El plan de desarrollo de la Anatomía Patológica, elevado al Ministerio, es, diríamos, la culminación de su gran proyecto y sus resultados los estamos viviendo. Es más reciente y más conocido. Por lo mismo, creemos que no corresponde analizarlo en este momento de recuerdos.

Lo que sí vale la pena enfatizar es echar una mirada sobre los frutos del proyecto que tan apasionadamente desarrollara.

Hoy hay, ciertamente, una masa crítica de patólogos en la mayor parte del país. Tal vez la mitad corresponde a discípulos directos. Y creemos sinceramente que la presencia de éstos ha influido en la generación de los otros.

Se ha dicho, con razón, que el profesor Barahona señaló el camino a desarrollar según las facultades de sus discípulos y les dio libertad para escoger la ruta que conviniera a sus aspiraciones personales. Sin duda les dio libertad porque era muy generoso y respetuoso de las personas.

Pero me permito recordar la parábola del sembrador. Es posible que cada uno recogiera la semilla de un modo distinto.

De no ser así, quizá si no deberíamos lamentar el sesgo tan tecnológico y no científico que está tomando el ejercicio de la Medicina en nuestro país.

Ciertamente esto es una cuestión compleja y da tema para otras y muchas reflexiones.

Muchas gracias.

# De la hematoxilina-eosina a la biología molecular

Perspectiva de la Anatomía Patológica en la Universidad Católica, con motivo de los cincuenta años de su creación

**Dr. Sergio González B.**

*Estudios médicos en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Título de Médico-Cirujano en la Universidad de Chile (1978). Profesor Adjunto y miembro del Departamento de Anatomía de la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile.*



Es para mí un honor ofrecer las siguientes reflexiones a tan selecto grupo de patólogos. Usualmente las conferencias de este tipo, llamadas en forma condescendiente históricas o de divulgación, se presentan ante un auditorio bastante más heterogéneo y a médicos generales y especialistas cuyo interés principal no es la anatomía patológica ni menos la morfología. En verdad, uno puede decir que se siente a sus anchas frente a este auditorio y es por ello que me serviré de algunos casos que he seleccionado para ilustrar algunos puntos de esta charla.

En los tiempos que corren, tiempos que lo hacen muy rápidamente, el laboratorio de anatomía patológica está constituido, de facto, no sólo por patólogos que estudian macro y microscópicamente casos de autopsias y biopsias y por tecnólogos médicos que diariamente hacen cortes histológicos y tinciones de bellos nombres y colores, muchos de los cuales son comprensibles a veces sólo para iniciados, sino que también por bioquímicos, "biólogos moleculares", ingenieros, expertos en computación, etc., que incluso forman parte del *staff* de muchos laboratorios de anatomía patológica.

Me comentaba un médico clínico amigo, no hace mucho: "Hoy en día el laboratorio de patología es nada sin biología molecular". Esto refleja una posición rigidizante, que quizás es más generalizada ante la vida. Una digresión: el siguiente pasaje de una famosa obra reza textualmente:

*"En otros tiempos un librepensador era un individuo que había sido educado en los principios de la religión, la ley y la moralidad, y que llegaba al libre pensamiento tras una lucha interior e ímprobo trabajo; pero ahora hay todo un nuevo género de librepensadores congénitos, que crecen sin haber oído jamás que hubo una vez principios de moralidad o religión y que había autoridades. Se crían en la negación radical de todo, o dicho de otro modo, como salvajes... En otros tiempos, un hombre, un francés, por ejemplo, que quería instruirse, habría empezado por el estudio de los clásicos, los teólogos, los dramaturgos, los historiadores y los filósofos, y figúrense el esfuerzo mental que habría que aplicar a ello. Pero hoy en día, en nuestro país, se familiariza al momento con la literatura de negación, absorbe con rapidez la esencia entera de la negación y tiene lo que necesita..."*

Fin de la cita. De sorprendente actualidad esta cita pertenece a *Anna Karenina*, de León Tolstói, obra escrita en 1877. Al respecto, Julián Marías comenta:

*"¿Cómo se puede caer, una y otra vez, en el mismo espejismo? ¿Cómo es posible que los hombres, con monótona repetición, piensen que todos los que los han precedido eran estúpidos, ignorantes, mentecatos, que no sabían lo que decían, que creían cosas absurdas, hasta que han llegado ellos —más bien sus mentores— y han descubierto lo único que tiene sentido y vale la pena?"*

Fin de la cita. Hasta aquí la digresión.

## PATOLOGIA DIAGNOSTICA

De las técnicas de valor diagnóstico incorporadas recientemente al laboratorio cabe mencionar la microscopia electrónica (ME), la inmunohistoquímica y la biología molecular.

La *microscopia electrónica de transmisión* se realiza en nuestro Departamento desde los años '60, como han escuchado. Es de utilidad para precisar la diferenciación de un tumor dado (tipo histológico), para así proponer una histogénesis determinada. En un porcentaje de casos (5%) puede ser el único método que per-

mite hacer un diagnóstico preciso, por ejemplo neoplasias neuroendocrinas y endocrinas. En 10% confirma el diagnóstico planteado por el patólogo. Es la técnica que ha permitido definir una serie de glomerulopatías primarias y secundarias y la que nos permite identificar ciertas especies de enfermedades metabólicas. Sin embargo, tiene limitaciones. Por ejemplo, en tumores de partes blandas, puede haber un 12% de casos que aun después del examen con ME no puede realizarse un diagnóstico preciso.

Los anticuerpos monoclonales, desarrollados por Milstein y Köhler (trágico destino el de estos investigadores: el primero sufrió un infarto cuando visitó Chile y el segundo falleció por neumonía la semana pasada a los 48 años de edad) han significado un importante aporte al diagnóstico anatomopatológico. Las *tinciones inmunohistoquímicas* permiten precisar el tipo histológico de un tumor dado al identificar antígenos citoplasmáticos o de superficie en células neoplásicas. Hay neoplasias definidas sólo por su patrón de reacción inmunohistoquímica (ejemplo, linfomas Ki 1). Eventualmente, se estima que contribuyan también al diagnóstico precoz, a la formulación de pronósticos más precisos y a la predicción de respuesta al tratamiento, como es ya evidente en cáncer de mama (receptores estrogénicos, p53 y c-erbB-2) y en neuroblastoma (expresión de c-myc).

Se habla de la *biología molecular* como un campo definido y autónomo de la biología. No nos asombra que de hecho existan especialistas denominados biólogos moleculares que ejercen esta disciplina, que investigan en este campo y que publican sus trabajos en revistas dedicadas sólo a biología molecular. Sin embargo, ante la pregunta qué es la biología molecular y cuáles son sus límites naturales, la respuesta es difícil de precisar. En el texto clásico de Darnell se intenta una definición en los siguientes términos: "Las técnicas de la genética molecular han unificado a la genética, la bioquímica y la biología celular originando así una nueva visión llamada biología molecular de la célula" (Darnell *et al.*, 1990). Me parece que la biología molecular, como tal, representaría aparentemente sólo un conjunto de técnicas que han sido tomadas tanto de la genética molecular como de la bioquímica. En la práctica, nos permiten analizar los fenómenos biológicos en el nivel molecular de organización de los seres vivos. No es una disciplina que pueda nutrirse a sí misma más allá de las técnicas que les son propias y los conceptos operacionales de las mismas. Entonces, no estamos ante una nueva cien-